



Dib. RAMIREZ.—Madrid.

—¿Tú has ganado todas estas copas? Te felicito, chico. Eres un as... ¡El as de copas!

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar.
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etcétera, matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva. Pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complácete a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y lugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

25.—Erupción.

● BASTO — TA
● Nosce te ipsum
A

26.—Futbolista de la Real Sociedad Ginástica Española.

—No te pongas esa *prima-dos*, Amelia.
—¿Lo dices porque la enunció el *tercia-tercia*?
—No, porque está *cuarta-dos*.
—Tengo yo si mi *todo* que le gusta así.

27.—Un testarudo mitológico.

NOTA
NOTA
F
NADA

Cupón núm. 5

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de junio.

28.—Apodo de un popular vendedor de periódicos madrileño.

RÍO
EN LOS BARCOS

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 131.

29.—Enrique de Trastámara.

B VNO
T
FIEBRE — R

Concurso de pasatiempos del mes de abril.

Verificado públicamente en nuestra Redacción el anunciado sorteo, resultaron favorecidos los *pierdetiempistas* siguientes:

Primer premio: Un billete de la Lotería Nacional núm. 28.701, correspondiente al primer sorteo de julio, a D. Clemente Rodríguez, de Madrid.

Segundo premio.—Medio billete de Lotería Nacional de igual número y para igual sorteo que el anterior, a D. Alfredo García Veas, de Cádiz.

Tercer premio.—Tres décimos de Lotería Nacional como los anteriores, a D. A. M. Martínez, de Madrid.

Los favorecidos podrán recoger sus premios cualquier día laborable, de cuatro a siete de la tarde en nuestra Administración, Plaza del Angel, 5.

CUPÓN
correspondiente al núm. 135

de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

30.—Gansa.

A ti te ha dado algo *segunda-tercia-tercia*.

—¿Como yo te *prima-tercia* veremos si es el mío quien te dió algo más que algo!

—*Cuarta* por seguro que ya no llevo nada en el bolsillo.

—Eres una *todo* y no te hago caso.

BUEN HUMOR se vende en PUERTO RICO
LIBRERIA CAMPOS: Calle de Allén, 23

Concurso de pasatiempos de mayo

Soluciones a los pasatiempos publicados por BUEN HUMOR durante el mes de mayo:

1. *Cristobalón*.—2. *Casquivana*.—3. *Pomada*.—4. *Beberide*.—5. *Escayola*.—6. *Cólico*.—7. *Montenegro*.—8. *Escarola*.—9. *Tumulario*.—10. *Cobaleda*.—11. *Paracaídas*.—12. *Picadura*.—13. *Oleaginoso*.—14. *Luis Gabaldón*.—15. *Estoraque*.—16. *Malatesta*.—17. *Barrachina*.—18. *Estudiantina*.—19. *Mancha que limpia*.—20. *Rosa de te*.—21. *Vallespinosa*.—22. *El medio centro René Petit*.—23. *Cocaína*.

Se han recibido doce mil seiscientos catorce soluciones, de entre ellas completamente exactas las sesenta que firman los *pierdetiempistas* siguientes:

1. José Luis Miller.—2. Mercedes de Castro.—3. Conchita Lorenzo.—4. Mariano P. López.—5. Juan Gil Delgado.—6. Joaquín G.ª Linares.—7. Clemente

Rodríguez.—8. Charito Maraver.—9. José J. Castro.—10. Pilar Alonso.—11. Felisa Maraver.—12. Ernesto Alvarez.

13. J. Pedro Soria.—14. Carmen Jimeno.—15. Juan Pinto.—16. Fernando Peña.—17. F. L. Crespo.—18. A. Martín Ferreras.—19. Antonio F. Puebla.—20. Pablo Olazabal.—21. Cesar Benedicto.—22. Porfirio del Campo.—23. Ramón Maraver.—24. Matilde Cortés.—25. Manuel Monjardín.—26. Marcelo de Azcárraga.—27. Manuel Arias.—28. José Montesinos.—29. Fernando Blanco.—30. Antonio Sonto.—31. E. Rifiñón.—32. Federico (ilegible el apellido).—33. Manuel Serrano.—34. Román Martín García.—35. María Luisa Besses.—36. José Gómez Taelles.

Todos de Madrid.

37. José Híjar, Zaragoza.—38. José Martínez Verdú, Melilla.—39. R. M. Capdevila, Cieza.—40. B. Salaberry, Carabanchel Bajo.—41. José María Tárrega, Carabanchel Bajo.—42. Tere-

sa García, Cabezón de la Sal.—43. Luis de Villa, Carabanchel Bajo.—44. María Peyrona, San Sebastián.—45. Juan José Arnilla, Ujo.

46. Melchor Bajén, Monzón.—47. Adela Peyrona, San Sebastián.—48. Francisco Duarte, Jerez de la Frontera.—49. Benito Cañas, San Fernando (Cádiz).

50. Concha Rodríguez, Santander.—51. Enrique Pineda, Segovia.—52. Carmen Domínguez, Portugalete.—53. Encarnación Orbea, Sestao.—54. L. Orgado, Albacete.—55. Santos Varela, Bilbao.—56. Alfredo García Veas, Cádiz.

57. Ricardo Abadías, Ferrol.—58. Antonio García López, San Sebastián.—59. Petrita Rodríguez, Valladolid.—60. Luis Bittini, Jerez de la Frontera.

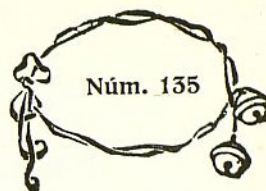
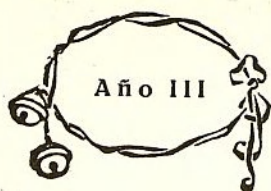
El sorteo de premios se celebrará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 30 del actual.



Con la suavidad de una pluma
se deslizará la hoja sobre su piel,
si usted usa siempre para afeitarse
Jabón Gal para la barba

Forma en el acto espuma abundantísi-
ma, que no se seca en la cara y ablan-
da en un minuto la barba más dura.

Barra, 1,50 en toda España. Perfumeria Gal.-Madrid.



LOS GATOS



VAMOS, cuéntenos usted el motivo de su antipatía hacia los gatos»—dijeron todos los presentes—. Entonces el poeta, sonriendo, replicó: No es antipatía lo que siento por los gatos, sino verdadero odio, aversión insuperable. ¿Quieren ustedes saber el motivo? Bueno, lo explicaré; pero debo advertirles que se trata de algo sentimental e íntimo que parecerá pueril a la mayor parte de los que me escuchan; algo así como una monomanía de poeta.

Realmente, lo que a mí me sucede con los gatos es absurdo, ilógico, y yo soy el primero en reconocerlo. ¿Qué juicio formarían ustedes del que les dijese que aborrecía a los perros porque ladraban y a los burros porque rebuznan?

Esto, indudablemente, les parecería muy extravagante; pues bien: lo mismo exactamente me sucede a mí con los gatos; su mayido es la causa del odio que les tengo. Calló un momento el narrador y alguien insinuó: —Pero lo sentimental y lo íntimo no lo vemos. —Lo sentimental, sobre todo—añadió—, van ustedes a verlo, o, mejor dicho, a oírlo, si tienen un poco de paciencia. Hubo entonces algunas toses y ruido de sillas que se acercan. Restablecido el silencio, el poeta prosiguió: —Hace de esto seis meses. Una tarde del mes de octubre llegué a un pueblo de la frontera francesa con el alma llena de visiones y rimas recogidas en mi viaje por las riberas del lago de Como. Yo me había fijado desde el tren en un palacio antiguo con un melancólico jardín de Rusiñol, situado en la carretera a unos diez minutos del poblado, y no teniendo nada que hacer resolví visitarlo.

Me abrió la verja una vieja de aspecto triste y simpático. la cual me dijo que no podía enseñarme el interior de la casa porque los señores estaban ausentes y le habían ordenado que no dejara penetrar a nadie; pero que podía ver el jardín y el parque,

y que *la historia*, si yo quería, me la contaría ella con todos sus detalles. Intrigado por estas palabras presté toda mi atención, y he aquí el relato de la vieja: —¿Ve usted esa ventana, la tercera del segundo piso, empezando por la derecha? Pues detrás de esos cristales se fué consumiendo como un pájaro la pobrecita. El señor había mandado clavarla, como todas las de esta fachada. ¡Si usted la hubiera visto como yo, la noche que la trajeron a la fuerza, como si fuera un criminal, más pálida que la cera, sin hablar palabra! Cada vez que me acuerdo, se me pone una cosa en la garganta que parece como que me ahogo.

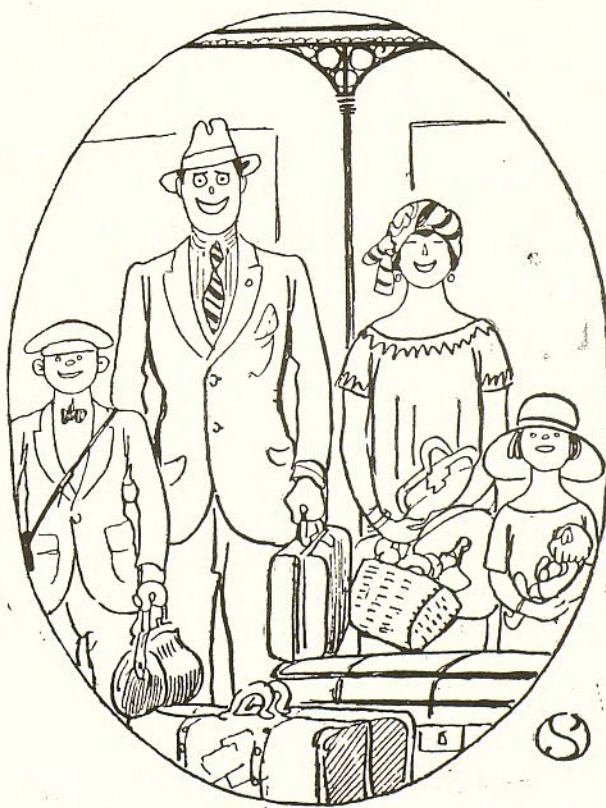
Es claro; con la pena que tenía y el coraje porque no la dejaban hacer su gusto, y además la congoja que sentía por no poder siquiera recibir cartas del señorito, porque todas las cogía el señor, se empeñó en no comer para mo-

rirse, y a lo último se salió con la suya. Me parece que fué ahora mismo cuando una mañana vino Antonio corriendo a la puerta y me dijo: —La señorita ha muerto. —¡Pobre señorita Pilar, con diez y ocho años y tan buena y tan preciosa como era!—Comenzó entonces a sollozar la vieja, y yo, después de preguntarle algunos detalles, le rogué que me dejara recorrer solo y a mi gusto las avenidas del parque.

Con el alma dolorida y agitada me senté en un banco de piedra. A mi espalda, el follaje y la maleza se alzaban en misteriosa masa oscura; delante se extendían dos hileras de castaños de entrecruzadas copas que terminaban al pie mismo del palacio, en cuya ventana tercera del segundo piso tenía yo fijos mis ojos y mi pensamiento.

Anochece. El silencio era absoluto y solemne. Yo tuve en aquel momento la visión clarísima de la joven vigilada, tiranizada por un padre egoísta y cruel, muriendo de amor en aquel caserón triste y desierto. Yo veía sus ojos hundidos rodeados de círculos oscuros, su nariz afilada, sus mejillas marfileas, su cuerpo exangüe desfalleciente; y de pronto, tomando vigor en mi fantasía exaltada el loco sueño, vi abrirse las dos hojas de la ventana y aparecer la silueta de Pilar destacándose recortada sobre el fondo negro como una figura de Fray Angélico. Fijándose en la avenida de castaños me vió, y, confundíendome con el amado, tuvo un estremecimiento convulsivo y se echó hacia adelante con impulso violento. Púseme yo en pie, absorto, y en aquel instante, en aquel preciso instante, un repugnante gato, dando un mayido estridente, saltó de entre el follaje como un rayo y cruzó ante mí despertándome de mi divino sueño. Desde entonces odio a los gatos profundamente.

Los oyentes se miraron serios, y el gato de la casa, que entró en el salón sin ser notado, se plantó de un salto sobre las piernas del poeta.



Dib. SILBNO.—Madrid.

EDUARDO WANGÜEMERT

REDACTORA HONORARIA

(DIÁLOGO HUMORÍSTICO)

ESCENA PRIMERA

Redacción de un diario de la noche. Manolo, el ordenanza, pasa el plumero por la mesa, y después ordena los periódicos de la mañana, los finteros, plumas, sillas, etc. Hora, las diez. Cuando el ordenanza se retira, percibe o cree percibir un ruido metálico, y se detiene.

LA TIJERA (*protestando desde el oscuro fondo de un cajón cerrado*).—Eh, Manolo, Manolo, sácame de aquí!

EL ORDENANZA.—¿Qué oigo?

LA TIJERA.—¡Idiota, estúpido, majadero! ¿No sabes que ha llegado la hora de mi trabajo?

ORDENANZA (*pensativo*).—Algo se me olvida. ¿Qué será?

LA TIJERA (*remedándole cómicamente*).—¿Qué será, qué será? ¿No soy yo nadie? Bien se conoce todo lo idiota que eres...

ORDENANZA (*amoscado, se pasa la mano por la frente*).—¡Caramba, qué cosa tan extraña! Siento un malestar

como si me hubiesen llamado bruto en mis propias narices. Se me olvida algo, no cabe duda... ¡Ah, la tijera! Estará en el cajón del redactor de sociedad... Así hace su seccioncita en un periquete. (*Saca del cajón la tijera y la pone sobre la mesa. Véase Manolo.*)

LA TIJERA.—¡Ajá! Ahora, dispuesta para el cotidiano trabajo. ¡Qué orgullo siento de ver que me gano la vida con el sudor de mis honradas cuchillas! (*El tarro de la goma tose de un modo impertinente, como diciendo: no te des tanta importancia, porque estoy aquí yo. La tijera lo mira con desdén.*)

EL TARRO.—¡Presumida!

LA TIJERA.—¿Habla alguien? ¡Ah!... Es ese belitre.

ESCENA SEGUNDA

Son las doce. Han llegado casi todos los redactores. Unos están leyendo la Prensa y otros



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—¿Presentaste el cuadro en la Exposición?

—Sí, chico; pero lo indultaron.

—¿Cómo!

—Porque no lo colgaron.

bostezan, soñolientos y perezosos. Se discute, se bromea y se murmura; esto, desde luego. De pronto, entra inesperadamente el director, y todos le miran con extrañeza y respeto.

EL DIRECTOR (*que trae su discurso preparado. Habla con gravedad*).—Señores, es necesario un pequeño esfuerzo a fin de mejorar nuestro periódico. Hemos perdido en publicidad y en venta una cifra considerable. Esto no puede ser. Tenemos un buen servicio telefónico y telegráfico, corresponsales activos, redacción lucida y bien pagada; todo lo indispensable para alcanzar el primer puesto entre los diarios de la noche, y... ustedes saben que no es así, que esto se hace mal. Es doloroso decirlo. Se nos acusa de usar de la tijera demasiado. ¡Cuidado, señores! Hasta luego. (*Sale. Pausa. Durante un rato todos se miran consternados.*)

UN REDACTOR.—Se nos ha amenazado.

OTRO.—La acusación es injusta.

OTRO.—¡Que se abuse de la tijera!

OTRO.—Luego la tijera, entonces...

LA TIJERA.—Acabe usted la frase. La tijera es indispensable en toda publicación que se estime.

OTRO REDACTOR (*que ha tomado una resolución heroica y se levanta*).—Compañeros, ¡adiós! Yo dimito en este momento y me voy. Hemos sido amenazados. Si no protestamos inmediatamente, mañana se nos arrojará a puntapiés.

Todos.—¡Ah!... Pues tiene razón. Es verdad. Vámonos todos y que venga el Consejo de Administración en pleno y hagan ellos el periódico. (*Abandonan tumultuosamente la redacción.*)

I ESCENA TERCERA

A las cuatro de la tarde. Personajes: el director, el ordenanza, el chico de la imprenta, la tijera y el tarro de la goma.

EL CHICO.—¿Hay más original?

LA TIJERA.—Sí. Toma. Dentro de unos minutos puedes volver. La edición de provincias supongo que ya estará casi acabada...

EL CHICO.—Hay siete planas.

LA TIJERA.—Bien. (*Al tarro de la goma.*) Tú, más vivo. Esta noche salimos antes que nunca. Menudo éxito.

EL TARRO.—Estoy sudando.

LA TIJERA.—¡Arrea, arrea! Ahí tienes: crónica de sociedad, teatros, política, Marruecos, sucesos. ¡Vivo, vivo!...

EL DIRECTOR (*entra y se dirige al ordenanza*).—¿Cómo es eso, Manolo? ¿Tú solo has hecho hoy el periódico? Vengo de la imprenta y no salgo de mi asombro... (*El ordenanza sonríe y alza la tijera. Las dos hojas se abren y se cierran lentamente saludando al director. Éste, al fin, comprende y dice:*) Estaba equivocado. Desde hoy te declaro redactora honoraria. Te voy a regalar una bonita funda de cuero.

ROBERTO MOLINA

La fiebre del día

¡Ay, Dios mío de mi alma!
¡Jesús! ¿Y éstas son las botas
que te compré el otro día?
¡Ay, Virgen de Covadonga!
¡Las suelas igual que cribas!
Pues, ¿y las punteras? ¡Rotas!

Pero ¿qué demonios haces
que así el calzado destrozas?
¡Quiera Dios que te secuestren
y la policía toda
te busque por todas partes,
a ver si así se me logra
lo de perderte de vista,
que ésa es mi aspiración sola!
—Pero, madre...

—¡Ni palabra!

¡Anda de ahí, mala persona!

—Si es en el fútbol...

—¿Qué dices?

¡Así me explico que rompas
unas botas cada día
y hagas pedazos la ropa!
¡Ay, Dios mío de mi alma!
Como Dios no me socorra
para comprarte calzado
tendré que pedir limosna!

¡Maldito, maldito sea
quien trajo ese juego a Europa,
que inventó algún zapatero
para ponerse las botas!

Así triunfan todos ellos;
así gastan, así engordan;
así por tardes y noches
van a casa de Camorra
a gastarse los millones
que ganan a nuestra costa.

Y óyelo bien: como vuelvas
a jugar, y no hablo en broma,
¡te mondo!

—Si es que me han dicho
una porción de personas
que soy un portero súper,
una especie de Zamora...

—¿Qué dices?

—Lo que usted ha oído.

—¿Es cierto?

—Sí.

—¡Jesús, qué honra

para la familia! Hijo,
desde hoy puedes romper todas
las botas que te parezca,
que por eso no habrá bronca.

¡Un Zamora nada menos!
¡Su nombre de boca en boca!
¡Retratado en los papeles
con Lalande y con la Goya!

¡Banquetes en la Bombilla!
¡En el fútbol una gloria!
¡Ganar el dinero a espaldas!

¡Ir a París! ¡Ir a Roma!..
¡Rompe botas, hijo mío,
que tu madre estará pronta
a comprarte cuantas quieras,
aunque en casa no se coma!

MANUEL SORIANO



Dib. PIM PÉREZ.—Madrid.

—A mí, Lolita, la verdad, me encanta el baile...

—Entonces, ¿por qué no procura usted aprender a bailar?

ALELUYAS NUEVAS

El reloj a través de los tiempos de la vida

I

El reloj eclésiástico.—Es el primero que aparece en la vida de los hombres de España. Para los nacidos en una capital de provincia, es el de la catedral. Si esta provincia es concretamente Burgos, el Papa-Moscas. En las ciudades menores y en los pueblos más menores aún, el de la iglesia. Si la iglesia no tiene reloj faltarán sus latidos en la vida de los feligreses. Los madrileños sustituyen la catedral con el Ministerio de la Gobernación a estos fines. El Papa-Moscas se divide en Madrid entre dos relojes de magia. Son, a saber: el del ministerio ya menciona-

do, con su bola clásica, y el no menos clásico de Canseco. El uno es para los tontos de provincia; el otro para los de Madrid. No son eclésiásticos, excepcionalmente, porque Madrid es una ciudad laica. A mediodía, la bola del de la Puerta del Sol, rezonga al caer: «Son las doce. Palabra de honor.»

II

El reloj de la Universidad.—Es el segundo de los que rigen la vida. Es el reloj de la juventud primera. Vida y juventud quieren decir Universidad, con permiso de ustedes. Lo mismo en Madrid que en provincias, ofrece este reloj particularidades muy pintorescas.

La principal, si hemos de creer a los estudiantes, consiste en que adelanta a la hora de entrar en clase y atrasa a la de salir. Se dice asimismo que en las huelgas estudiantiles no funciona. Es corriente, además, que los discípulos vean en él hora distinta que los profesores. Acabados los exámenes de junio, se para hasta septiembre. Durante el curso, no. Entonces se toman las medidas necesarias para que no se pierda el tiempo. El día que se pierde, sin embargo, es un día de regocijo. Este es el único reloj que al pararse produce un gran júbilo entre quienes viven pendientes de él. ¡Aquel día puede llegarse tarde a clase!

III

El reloj de la estación.—Es el que les sigue en tamaño y en importancia. Empieza a conocerse después de conocido el de la Universidad. Este de la estación es impertinentísimo y acorta la vida. Impertinentísimo porque tiene razón siempre. Acorta la vida porque no aguarda nunca. Es soberbio, además. Sabe, sin duda, que todos los trenes son sus súbditos, y por esto mismo los hombres, desde que entran en la prisión del andén. Es un reloj que

tiene miles de esferas. Cuando viajamos parece que sigue nuestra ruta y llega a cada estación antes que nosotros para que podamos verle muy bien puesto en su sitio.

IV

El reloj de encima de la chimenea. Es la antítesis del ferroviario. Tiene en la casa de nuestros padres la prestancia de los daguerrotipos de los abuelos y de los abanicos antiguos de la vitrina. Este reloj no ha andado jamás. Es un abandonado patrimonio del tiempo, como esos sitios reales donde el Rey no va nunca. Es el reloj honorario que luego tiene un sitio en nuestros recuerdos. Es un reloj que no puede tomarse a broma. Algunos están bajo un fanal. Puesto así, parece un reloj para los peces de colores.

V

El reloj despertador.—Es el enemigo del de sobremesa, al que aspira a derrocar a fuerza de discursos. Es el reloj revolucionario, dulzón y presuntuoso. Es el reloj mal educado que da gritos y se agita como si siempre tuviera razón. Es feo y muy mal vestido

de hojalata. Se fabrican en las casas de préstamos, donde se reproducen con la profusión que los conejos. Son los relojes que se tiran por el balcón y que se tratan siempre mal. Funcionan a mano, generalmente; es decir, que hay que decirle a él la hora en lugar de ser él quien nos la diga a nosotros, y mover sus manecillas hasta con un dedo. A lo mejor se les indigesta el tiempo, se les rompen las tripas y revientan como un triquitraque definitivamente.

VI

El reloj de bolsillo.—Es un parásito del hombre, que vive en el fondo de los bolsillos. Es como una moneda por su tamaño, por su forma y porque circula en las casas de compra-venta mercantil tan corrientemente como el duro, su vecino. Es la especie más dinámica. Lo roban, se pierde, se empeña. Sus funciones, pues, no se limitan a marcar el tiempo como los otros. Comparte con el hombre y con los perros el señorío del mundo. Son tres especies de habitantes de la tierra que van siempre juntos. Donde haya un perro habrá un hombre. Donde haya un hombre habrá un reloj de bolsillo y posiblemente otro animal: un «rata» de los que se alimentan de relojes cuando el perro no lo ve.

VII

El reloj de pulsera.—El reloj reduce su tamaño a medida que avanza la vida del hombre. Y el hombre inventó este de pulsera para las mujeres. Luego, naturalmente, lo hizo suyo... Ha nacido de una costilla del reloj de bolsillo. Ofrecen una particularidad insospechable en un reloj: que no andan nunca. De ellos, pues, lo único utilizable es la pulsera. Como, generalmente, a quienes lo usan no les corre prisa llegar a tiempo a ninguna parte, no importa esa particularidad. Se trata de gente que vive para matar el tiempo. Por eso, el tiempo, que tiene muy buen juicio, huye de esos relojes. En los pocos que andan pueden mirar la hora quien lo lleva y el que va a su lado en el tranvía. Es decir, que son a modo de relojes públicos ambulatorios.

VIII

El reloj de arena.—Estos no los construyen los relojeros y por lo mismo son los más seguros. No atrasan ni adelantan. Hasta hace algunos años eran el último reloj del hombre, porque simbolizaban a la Muerte. Pero la civilización les ha quitado el luto. Robados al Tiempo han ido a parar a las cocinas. Ahora no sirven a un símbolo. Sirven para hacer huevos pasados por agua. Si se atrasasen como los de los relojeros, la Humanidad comería muchos más huevos duros de los que come.

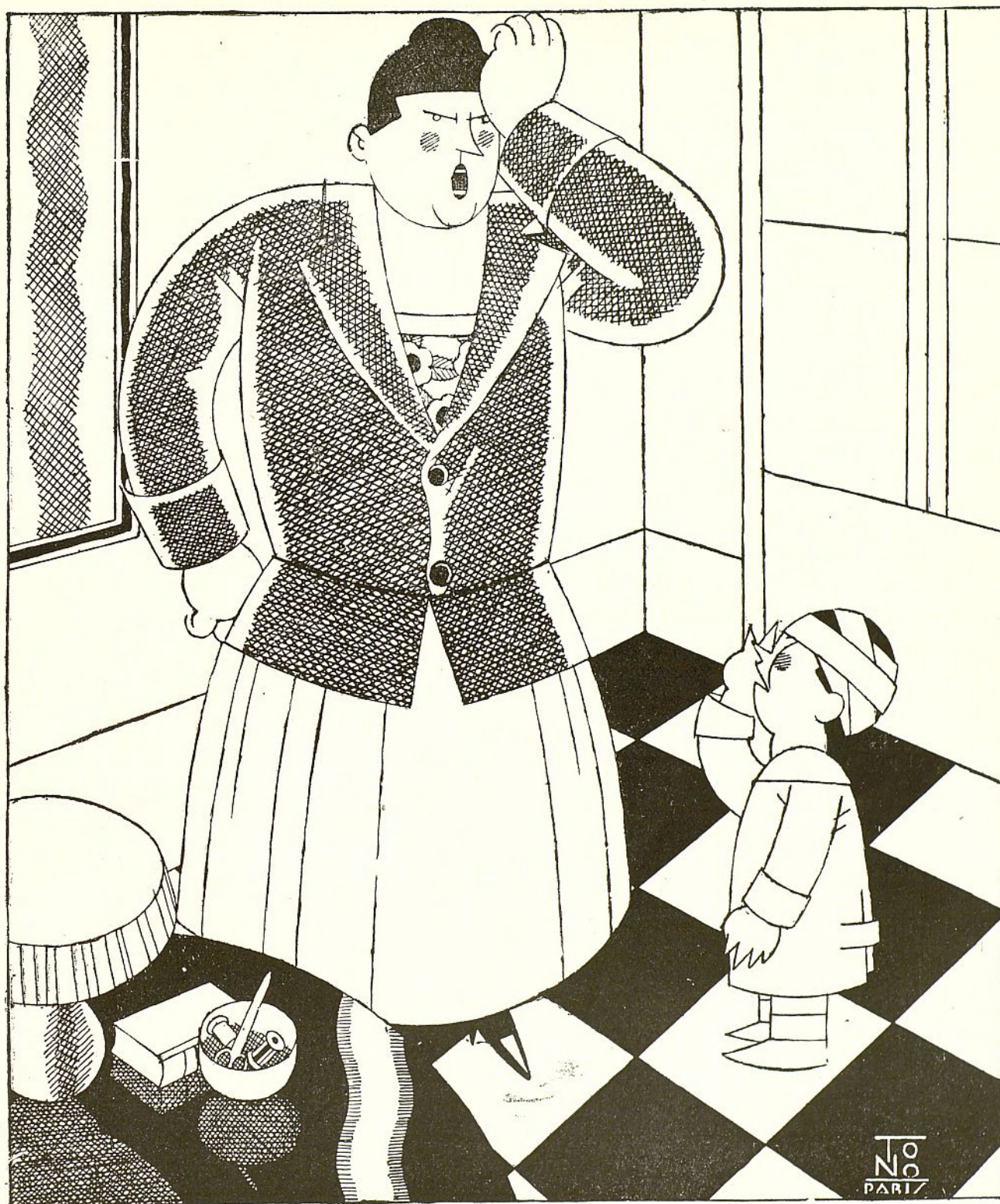
CEFERINO R. AVECILLA



Dibujo
REDONDO
Madrid.

—¿De modo que se ha incomodado el cliente a quien le amputaste las dos piernas?

—¡Sí; ése no vuelve a poner los pies en esta casa!...



Dib. Tono.—Paris

—Pero, condenado, ¿qué te has hecho en la cabeza?
—¡Que la Bibiana me ha tirado un poco de agua!...
—¿De agua?
—¡Sí, pero el agua estaba dentro de un botijo!

RAMONISMO

COSAS DE LA CALLE

Lo que le es más difícil de conseguir al vendedor ambulante es el primer núcleo de público.

Cuando ya está encubierto y rodeado de algunas personas, entonces se defiende bien y logra imponer su mercancía y el estilo de su oratoria.

Pero por eso que es tan difícil clavar en su sitio a esas ocho o nueve primeras personas y encolarlas bien entre sí, es por lo que el vendedor ambulante recurre a verdaderas estratagemas desleales.

Así, una de las cosas que jamás han logrado salir de su crisálida es ese pañuelo que el vendedor ambulante coloca muy silenciosamente en el lugar en que se establece, dejando que forme una especie de cucurucho misterioso y alrededor del que hace mil gestos conminadores, exorcizadores y magnéticos.

La gente, esperando ver lo que se va a fraguar debajo del pañuelo de hierbas, espera paciente, y así se forma el primer corro de espectadores, dedicándose entonces el vendedor ambulante a distraer del pañuelo misterioso, logrando que lo olviden aquellos a los que congregó su misterio.

Ese pañuelo vacío, engañoso, evocador, es uno de los chascos más vivos de mi recuerdo, siempre como empollando el pollito hijo del ilusionismo.

...

El pega-cacharros es una institución de la calle. Lo último que sucederá en el mundo es que el terráqueo se rom-

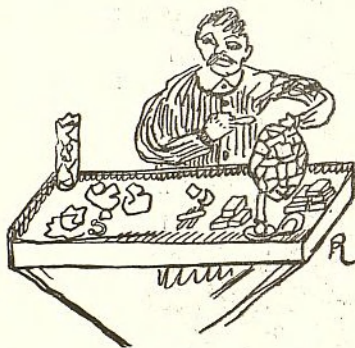


perá como un jarrón inmenso y lo penúltimo será otro descacharramiento por lo que este vendedor ambulante que vende barras para pegar los objetos rotos será el último en desaparecer, y su presencia en el mundo estará plenamente justificada hasta el final.

El pega-cacharros hace maravillas y forma con los objetos recompuestos unos bibelots mucho más bellos que antes de romperse. Se podría decir que

el vendedor ambulante mejora los objetos, y que objetos de una vulgaridad aplastante antes de ser restañados, resultan después fantásticos y poliédricos.

Los pegalotodo maravillosos son faquires de lo triturado, pues a veces les dan a componer el «puzle» más difícil y ellos van encontrando los pedacitos y colocando cada cual en su si-



tio, encontrando la dentadura de arriba y la de abajo de cada trozo.

Serviciales ayudantes de la vida, los pegalotodo parecen estar en la ciudad de los «aprovéchalo todo» y no descansan en su faena de ligar cosas, que devuelven más consistentes que antes de que se rompiesen.

Como hombres que preparan un correo urgente, «mojan» el lacre en el fuego de la palmatoria encendida y reconcilian unos pedazos con otros, pacientes como restauradores universales, como misioneros desinteresados de la reconstrucción de los objetos de porcelana.

...

Entre los artillugios que se venden en la calle, el que más me ha impresionado fué aquel por el cual con tres o cuatro elementos se organizaba un rostro obsesionante y expresivo como el solo.

Podría decir que si yo he visto las brujas alguna vez ha sido en forma de mano cuando el vendedor componía la bruja con los ojos, la nariz y la boca de la tía cicatera, de boca sumida, y la ponía un pañuelo enviserado que anudaba debajo de su puño como acariciándola la sotabarba con el nudo.

En un sobre daba aquel vendedor un par de ojos, una nariz, un copo de algodón y una barbilla abrujada, y podía uno hacer varios rostros, entre los que se destacaba la bruja y el general de perilla.

La mano, como cuando hace sombras chinescas, se convierte en conejo o predicador, con aquellos ingredientes se convertía en verdadera vieja, en tenaz bruja amenazadora, viva y alenante en el puño cerrado del vendedor callejero.

Diminuta bruja con vida propia, la tengo filtrada en la imaginación desde que la vi manipular calle de la Monterra arriba.

Hija de la mano expresiva del hombre, la bruja cicatera daba una nueva alevosidad al vendedor mal encarado que la vendía y después figuraba en nuestros sueños de niños como la bruja pequeñita que se podía poseer por diez céntimos y que, sobre todo lo que de engaño había en su amaño, era y resultaba la bruja de carne y hueso, la verdadera bruja encarnada en la mano llena de osadía.

El general retirado que salía de aquella intromisión entre los dedos de los ojos, la nariz y la perilla blanca con un poco de bigote, era un general noble, verdadero, que aun con sus ochenta años tenía energía y podía pegar un puñetazo a cualquiera.

En la prestidigitación de la vida, la aparición de esos tipos creados a base de la mano, es algo absorbente, pues esos seres de la fantasía se tornan



monstruos de la imaginación, que hasta la suplantaban en la propia vida.

No olvidaré aquella mano exorbitante y creadora que ofrecía aquellos emates asomados a la ventana de la calle como verdaderos y obsesantes fetos de la fantasía caída en el arroyo.

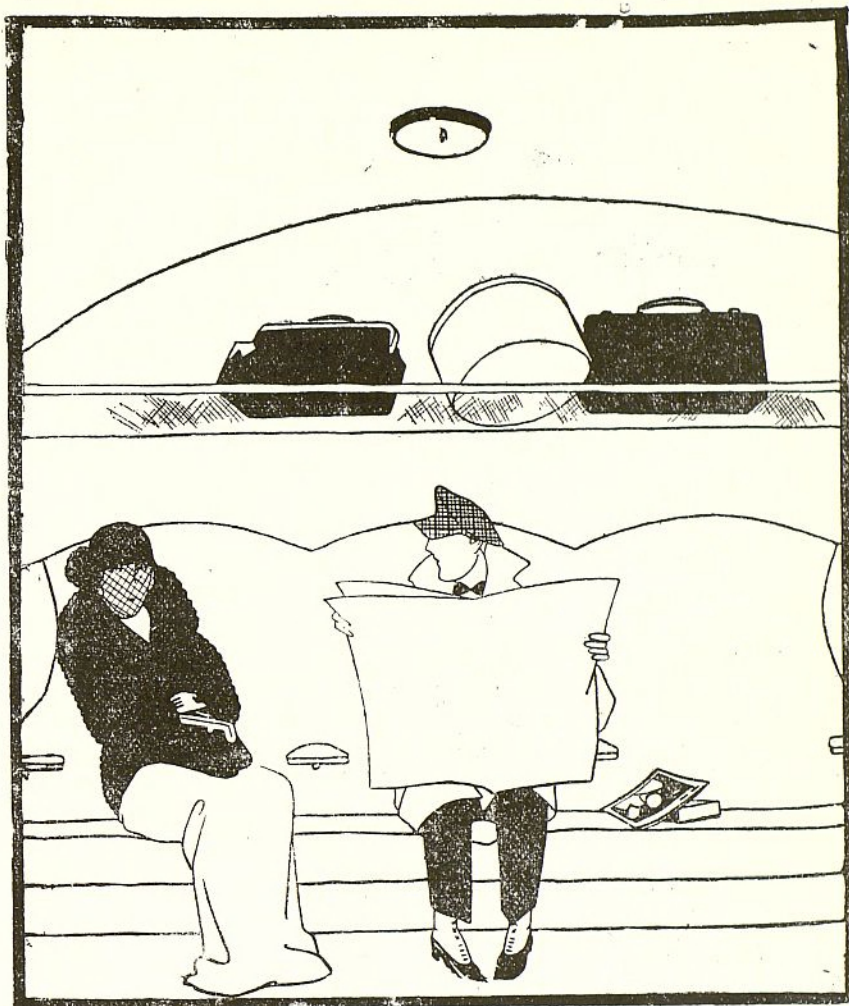
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

¡BASTA DE SUELTECITOS!

¡Caramba con el viajero de todos los años!... Ya le va a llegar a usted pronto la grata ocasión de dar su nombre a los cuatro vientos tras un silencio mortal de nueve meses y pico, que es casi una enfermedad. Como quiera que no hay modo de poderle a usted citar en la Prensa como artista, magistrado, concejal, picador, inventor de algo, futbolista singular, concurrente a los entierros, bailarín o criminal, en llegando el mes de julio tiene usted que apechugar con salir en los papeles de esta culta capital en concepto de viajero que se quiere refrescar. Esta suerte la repite cuando llega adonde va; transcurrido el verano, la tripite al regresar... y de usted hasta otro viaje nadie vuelve a saber más. Pronto espero la carfita de costumbre: «Amigo Juan: Diga usted en BUEN HUMOR y, si puede, en los demás papelotes que a diario suele usted emborronar, que, dejando a mi Gertrudis, a las ocho, el día... tal salgo para Castro-Urdiales y para San Sebastián de Luz (pues hasta los pueblos suele usted equivocarse) y alquilando un *Acitrón*, un *Don Buton* o un *Panal*, llegaré a la fresca playa de Perniles del Abad. Diga usted en cuatro líneas que la mar me espera ya, pues usted bien sabe que eso me interesa a mí la mar.» Esto es lo que usted mañana de seguro me dirá. Mas hogaño le aseguro que no pienso publicar la noticia. Santo y bueno que digamos que se van *Gitanillo*, Benavente, Fleta, Weyler o Cajal; pero, ¿qué le importa a nadie (a no ser a su mitad) si ha llegado usted a Toro o se va usted a El Molar?...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. ALFONSO.—Madrid.

EL.—*Si quieres dormir, quítate el sombrero.*

ELLA.—*Si me lo quito me desvelo.*

¡MEJOR QUE EL REY!

Ninguno de ustedes—amables lectores—ha conocido seguramente al hombre feliz; al hombre *verdaderamente feliz*. Sabrán, por la leyenda y por los cuentos de Calleja, de aquel hombre rústico que era feliz y que no tenía camisa. ¡Como si la felicidad consistiese en la carencia de ropa interior!...

¡Nada de eso! Un hombre sin camisa no puede ser feliz, y apelo al testimonio de los camiseros.

Yo he conocido al hombre-tipo, encarnación real y palpable de esa misteriosa felicidad tan tercamente perseguida como difícilmente lograda. Y lo conocí en Estella, poco después de la creación del marquesado de este nombre. ¿Será por eso que este título nobiliario vaya envuelto en un efluvio de felicidad que irradiaba por todas partes? ¡Quién sabe!...

El hombre feliz se llamaba Donato. Juraba y perjuraba que en su vida había tenido ni una moneda de cinco céntimos, ni le hacía falta.

—¿Pa qué—solía decir—si vivo mejor que el rey?

Donato, popularísimo en Estella, era un hombre verdaderamente extraordinario. Afable de carácter, bondadoso y dispuesto siempre a hacer favores a todo el mundo, era el recadero o mandadero de sus convecinos. Vivía en una guardillita muy limpia y muy soleada que le cedía el dueño del inmueble, con su buena cama, sus ropas pulcramente lavadas por una vecina a la que hacía sus recados, y a las ocho de la mañana se lanzaba a la calle más alegre que la gaita de su pueblo que era famosa. ¿Quién no recuerda a los gaiteros de Estella?

En la primera taberna que encontraba se metía, le daban su copa de aguardiente y sus churros, y mientras la tomaba le decía el tabernero:

—Donato, tienes que ir a la botica por esta medicina para la abuela, que está de cuidao.

—¡Volando!—decía Donato, y salía como una flecha.

Mientras le preparaban la medicina, le decía el boticario:

—¡Donato, vete al Ayuntamiento y dile al secretario que a las cuatro le espero en el Casino!

—¡A escape!—y allá va Donato diligente.

Antes de llegar al Ayuntamiento, le llaman de una tienda:

—¡Donato, llévame esta carta al correo!

—¡Por el aire!

Y de otra tienda:

—¡Donato, tráeme una cajetilla de cincuenta!

—¡Ya estoy de vuelta!—Y por todas partes:

—¡Donato, oye!...

—¡Donato, ven!...

Y así se pasaba los días haciendo recados a todos, sin que jamás hubiera aceptado propina de nadie, porque el maldito dinero—según decía filosóficamente—era la perdición de las almas y la corrupción de los cuerpos.

Pero, eso sí; en el mismo sitio donde le pillaban las doce campanadas del reloj del Ayuntamiento al mediodía, o las ocho por la noche, se metía como en su casa y ya sabían quién era: Donato, que iba a comer o a cenar.

Y en todas las casas y en todos los comercios le atendían con solicitud, le daban de comer o de cenar... y lo empleaban de paso en algún menester urgente.

Con frecuencia le llamaban de una tienda:

—¡Donato, esas alpargatas que llevas están muy viejas!

—¡Es verdad!—contestaba humildemente.

—Toma, ponte estas nuevas, y di que me traigan un café del «Español».

Otra vez le decía una tendera:

—Pero, Donato, ¿qué camisa llevas? Está destrozada.

—¡Pues no tengo más que ésta y la puesta!

—¿Pero no tienes para quita y pon?

—No, señora; tengo para quita y lava.

Y la tendera le envió dos nuevas, que a Donato le parecieron—según dijo—camisas de boda.

Todo se lo encontraba hecho. ¿Qué más felicidad?

Si alguna vez enfermaba, en seguida cundía la noticia por toda la ciudad

con más sensación que si estuviese enfermo el gobernador civil de la provincia. ¡Qué comparación!...

—¡Está enfermo Donato!

—¡Caramba! ¡Hay que ir a verle!

—¿No sabéis que está enfermo Donato?

Y los médicos espontáneamente se apresuraban a visitarle y los boticarios le facilitaban toda clase de medicinas, y las comadres le asistían con singular interés, y a los ocho días ya estaba Donato por las calles más alegre que la gaita y dispuesto, como siempre, a hacer favores a todos sus convecinos que al verle le preguntaban:

—¿Cómo estás, Donato?

—¡Mejor que el Rey!

—¿Donato, qué tal estás?

—¡Mejor que el Rey!

Y con este estribillo y una felicidad insuperable vivió el buen Donato muchos años, hasta que un día...

¿Para qué describir la consternación de todo un pueblo?... Un día falleció el pobre Donato. El sentimiento fué inmenso y unánime. Parecía que había fallecido media ciudad. Tal era el vacío que dejaba. Sin Donato no se comprendía la vida diaria y una inefable melancolía se apoderó de todo el vecindario durante mucho tiempo. Se le hizo un entierro suntuoso y unos funerales con órgano, y en el cementerio de Estella descansan los restos de aquel hombre bueno, servicial y completamente feliz, que descubrió la manera de vivir estupendamente sin que sus manos se hubieran envilecido jamás—como él decía—«con el contacto del maldito dinero, que es la perdición de las almas y la corrupción de los cuerpos.»

Los estelletes no sólo no le han olvidado sino que hoy todavía cuando quieren expresar hiperbólicamente su felicidad y su bienestar, no dicen: ¡Estoy mejor que Dios!, sino que dicen: «¡Estoy mejor que Donato... que estaba mejor que el Rey!»

Y a V. E., señor marqués de Estella, que con tanto ardor y acierto trabaja por nuestra felicidad, me permito brindarle esta historieta—ya que el título obliga—y recordarle que, al amparo de su esfuerzo, los buenos españoles quedaremos estar... ¡mejor que Donato!

FIACRO YRÁYZOZ

Junio, 1924.



Dib. GALINDO
Madrid.

—¡Yo no puedo bafirme en estas condiciones: mi espada es mucho más pequeña que la del adversario!...

UN PADRINO. —Mejor: así puede usted acercarse a él más que él a usted...

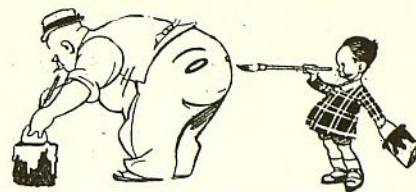
GALINDO

BUEN HUMOR se
vende en México
2.^a Victoria, 33

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

PIRUETAS DE CRÍTICA

— LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES —



Patriotería mal pintada

Como no somos fácilmente conmovibles con todo aquello que es patriotería y *chin chin*, nos hemos quedado fríos al contemplar los dos interminables lienzos de los Sres. Morelli y Payá Sanchiz.

A causa de esta frialdad, nos ha sido fácil, sin emociones bélicas, ver lo muy mal pintados que están esos dos cuadros tan grandes como lamentables.

Esta falta de conocimientos técnicos es mucho más perdonable, en justicia, al Sr. Payá Sanchiz que al Sr. Morelli que, ignoramos en qué momento desquiciado, ha obtenido una tercera medalla.

Hecha esta salvedad, creemos que, tanto el Sr. Morelli como el Sr. Payá Sanchiz, deben elegir, decididamente, otra profesión menos reñida con sus facultades artísticas. La cría de conejos o el montar en bicicleta no son, por cierto, ocupaciones despreciables.

Hay en el mismo Palacio de Cristal un tercer pintor militarista, de esos que nos quieren hacer creer encantadora una carga de caballería o estético un ataque a la bayonera. Este señor es el Sr. Albiol López que presenta un momento ternísimo, titulado: *El adiós de los dos amigos*.

En él, un soldado, que acaba de recoger su licencia, se despidе de su caballo, besándole en el hocico y derramando abundantes lágrimas. No hemos de tomar en consideración el que el soldado sea de Infantería, en cuyo caso sólo puede despedirse del caballo del coronel. Lo que sí decimos es que ese momento es falso en absoluto y que el soldado a quien le dan la licencia, la toma con tanta alegría que no pierde el tiempo en cursilerías y que no se despidе ni del caballo ni del capitán general y se va muy contento del peso que se ha quitado de encima, aunque el Sr. Albiol López, en su amor a la milicia sentimental, crea lo contrario.

Otras medallas

Estas otras medallas son las que los señores Cuartero y Cabrera presentan, por presentar algo. Han tenido tiempo libre y se han puesto a hacer medallas, a ver lo que salía.

El Sr. Cabrera, uno que tiene no lejos del lugar del suceso, unos cuadros bastante malejos, presenta una colección en la que brillan los españoles ilustres de todos los tiempos: Espron-

ceda, Hernán Cortés, Cortázar, el Cardenal Cisneros, Weyler, Pérez Nieva y García de Leániz. No falta ningún español ilustre. El Sr. Cabrera echa el completo.

A su lado, encima, mejor dicho, el señor Cuartero presenta sus medallas. Está todo el Directorio y algún general por añadidura. También está el tenor Fleta.

Arquitectura

En la sección de Arquitectura hay un proyecto que firma el Sr. Simonet Castro y que ha sido premiado con tercera medalla.

El asunto de este proyecto es de un palacio de la Música. En el palacio, y como ornamento decorativo, hay un salto de agua de cinco o seis metros de altura que nace al pie mismo del edificio.

El ruido de esa cascada no nos parece lo más indicado para un sitio donde ha de oírse música. Es más fuerte que Wágner.

Y hablando de Arquitectura, nos parece mal que esa primera medalla que ha quedado desierta no haya sido adjudicada al Sr. Aguirre, que presenta un excelente y copioso proyecto de palacio de España en una Exposición.

No encontramos en esa obra más defecto que el de no utilizar motivos arquitectónicos españoles en el palacio de España; pero, por lo demás, lo acabado del proyecto, como obra de arquitectura, y lo bien que el Sr. Aguirre se presenta como dibujante y decorador, merece esa primera medalla, que otras veces, con menos justicia, se ha dado a un proyecto menos completo.

Creemos necesario advertir, puesto que el público está acostumbrado, y con razón, a todo lo contrario, que no tenemos el gusto de conocer ni tratar personalmente al Sr. Aguirre y que podemos asegurar no haberle visto en toda nuestra vida.

Y a propósito de esto...

Tampoco conocemos personalmente al Sr. Asorey y reconocemos que su talla en madera, más pintada que policromada, es lo que más se destaca en la sección de Escultura. Como es lógico en nuestras Exposiciones, no se ha dado al Sr. Asorey una primera medalla de escultura.

Tampoco conocemos personalmente

al Sr. Mongrell, aunque admiramos su labor y lamentamos que este artista no haya pasado de *conseguir* hace doce años una tercera medalla, mientras que el Sr. Vivó, por ejemplo, tiene segunda y el Sr. Ramírez primera.

El escalafón de las medallas a que los jurados someten a los expositores repugna en absoluto.

Sí conocemos, en cambio, al Sr. Carrazo, y no nos hubiera remordido la conciencia de darle una tercera medalla, por lo menos, aunque se la tuviéramos que quitar a D. Gustavo Gallardo, que presenta un desnudo *impresentable*, y que acaba de conseguirla.

El arte puro, bien.

Unos artistas han firmado una carta en la que, contra el crítico Sr. Domech, defienden lo que se llama el arte puro.

Eso está bien.

Pero, forzoso será reconocer, señores, que el *arte puro* no es tampoco ese tinglado de recomendaciones, de intrigas, de elecciones, de *empújame y te empujo*, de escalafones, de zancadillas, de *cobas* y de negocios.

Eso no es el arte puro ni mucho menos. Es más, las Exposiciones nacionales no son el más indicado campo para el arte puro.

El arte puro es personalidad, religión, independencia en la concepción y realización de la obra y también en la manera de imponerla.

Sirva de ejemplo que nuestros artistas más personales, aquellos cuyo triunfo ha sido más rotundo, no han concurrido a Exposiciones nacionales ni han suplicado una medalla que sólo se da porque:

—El pobre Zutano ya está muy viejo...

—Zutanito, que tiene cinco hijos...

—Me lo ha pedido llorando su madre...

—Mengano tiene ya tercera medalla...

—Perengano está tan mal de dinero...

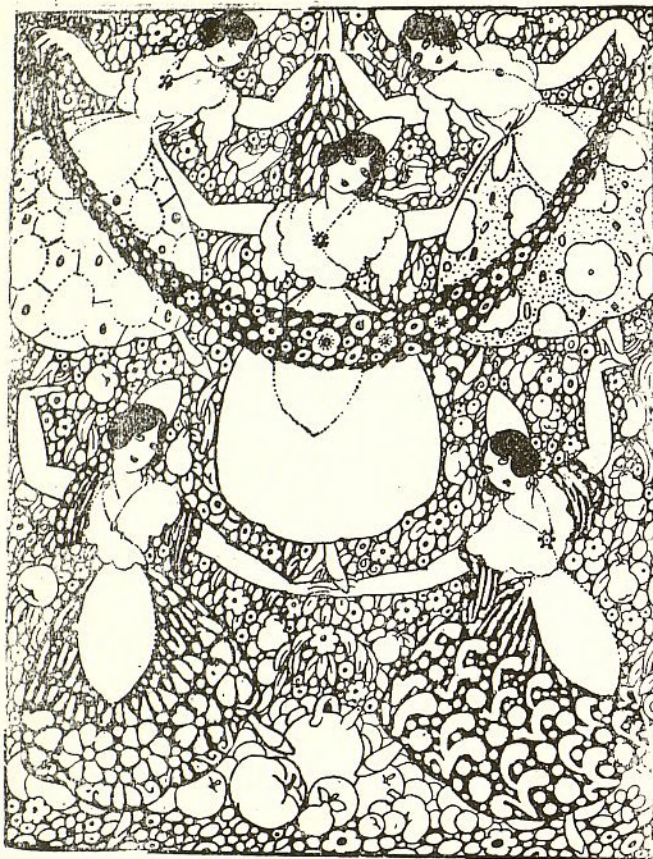
—Me lo ha suplicado...

El arte puro ni tiene edad, ni tiene hijos, ni tiene madre, ni escalafón, ni vive del dinero, ni suplica, ni ofrece, ni pide recomendaciones.

El Arte Puro, señores del Arte Puro, está por encima de todo eso.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO

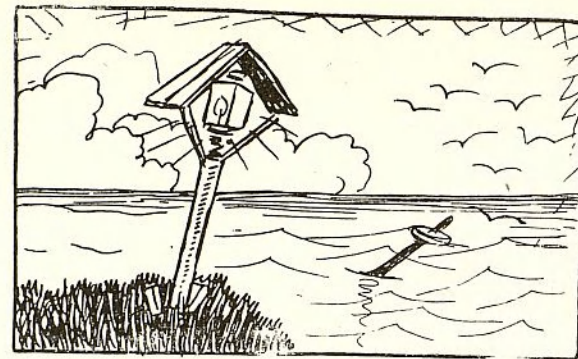
LOS QUE NO HAN CONCURRIDO A LA ACTUAL EXPOSICION



Anglada.

Ejercicios acrobáticos
que hacen estas cinco hermanas

con unos trajes cromáticos
vestidas de valencianas.



Muñoz Degrain.—El faro de Vigo, en la prehistoria.

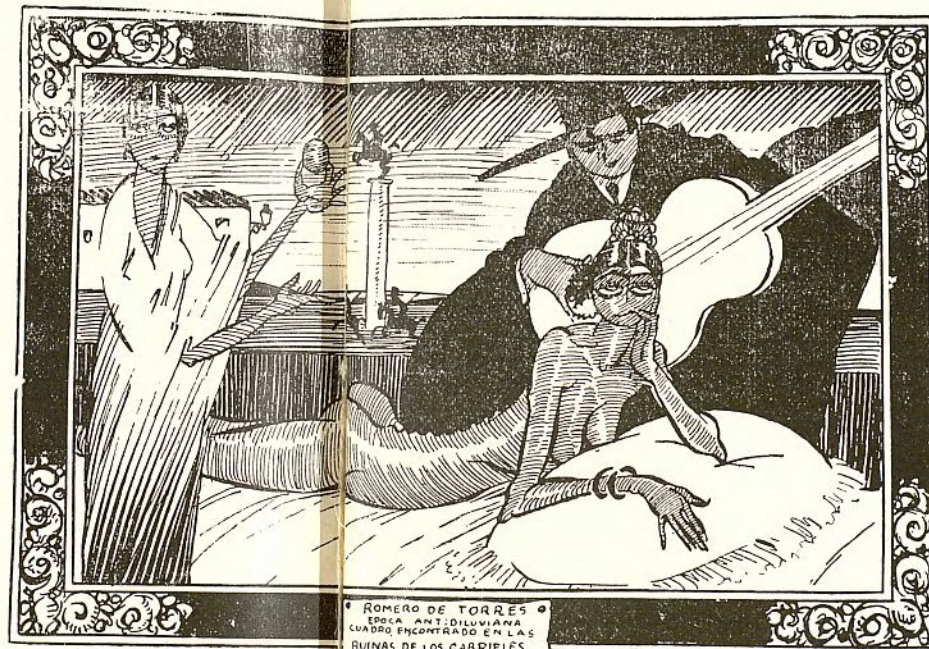


Solomayor.

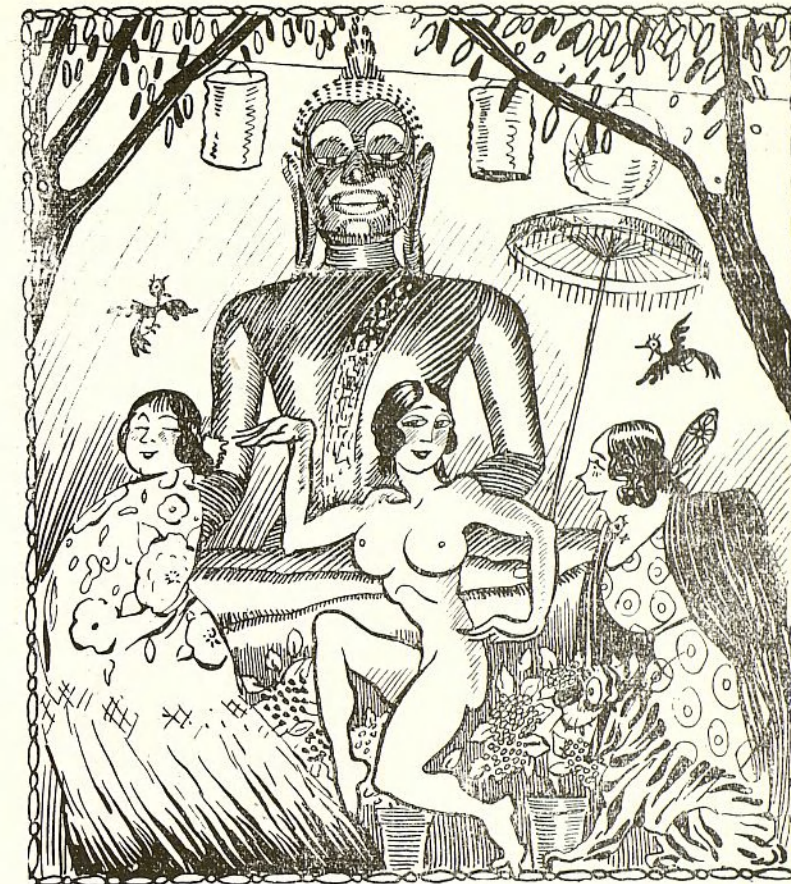
*La nieta cuitadña, mordiéndose una uña,
el padre es de Betanzos y van a La Coruña.



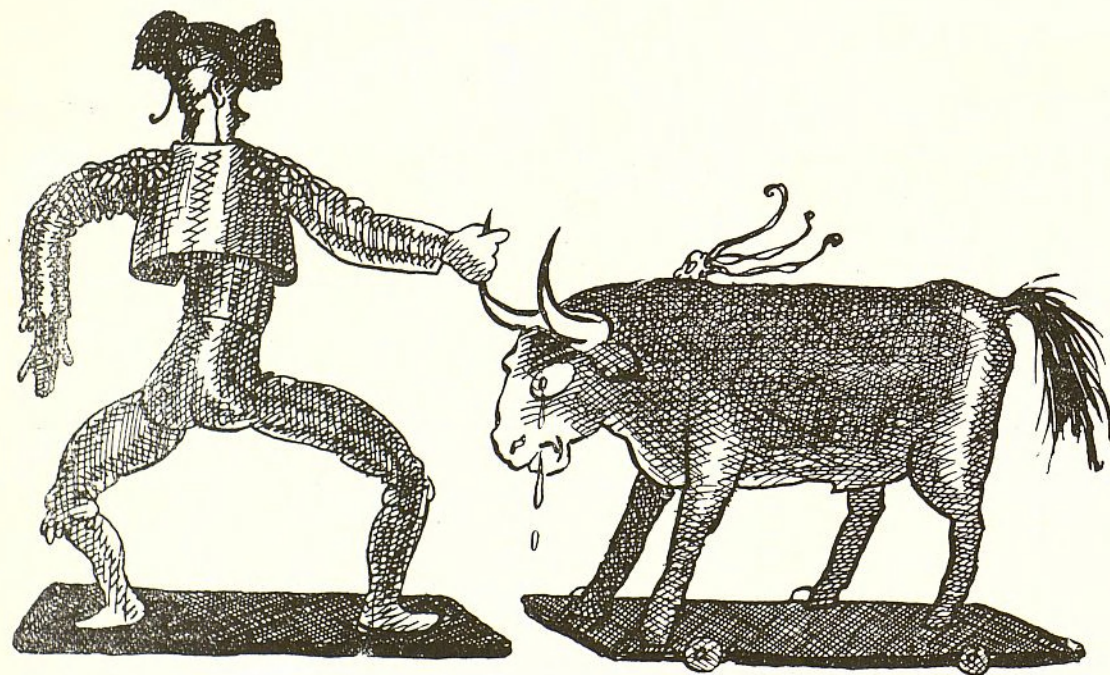
Benedito.—Retrato de la linda Srta. N. P. U.



ROMERO DE TORRES
EPOCA ANTIDILUVIANA
CUADRO ENCONTRADO EN LAS
RUINAS DE LOS GABRIELES



Chicharro.—Budha, su suegra, su mujer y su hija.



Benllure.—EL PITONEO.

Dibujos de RAMÍREZ.

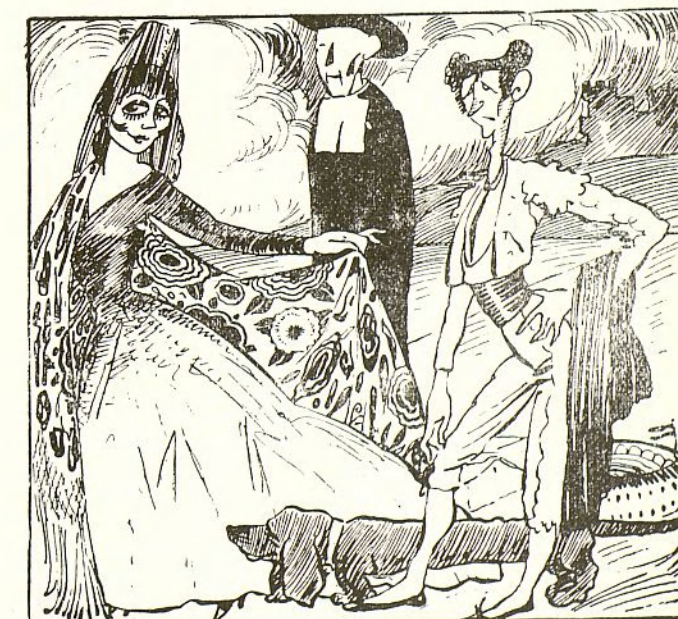


Senteñac



Miguel Nieto (Anselmo).

Retrato de una linda cupletista
de la que Anselmo ha hecho la conquista.
Miren el marco: es mucho más bonito
que todos los que pone Benedito.



Zuloaga.—Mi prima tercera, su novio y el cura que ha de casarlos.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

CONSIDERACIONES SOBRE EL ENGAÑO

Para ser felices precisa que nos engañen. He aquí la idea capital de la comedia *El engaño*. Y tal creencia, sostenida con el tesón que puede suponer el hecho de escribir tres actos, nos coloca en la más difícil de las situaciones.

¿Si no hay temas teatrales y la única comedia que se presenta propicia al comentario, es la que se estrenó la semana anterior con el título que antecede, vamos a dejarla escapar?

Por otra parte, usted, queridísimo lector amable, ¿sería capaz, o nos cree capaces de robarle a ningún mortal eso que está sobre toda ponderación—nos referimos a la Felicidad—por el prurito de leer usted o de que escribiéramos nosotros un artículo humorístico?

¡No, y mil veces no! Hay que ser respetuosos con la Felicidad ajena; hay que observarla con emoción infinita, con gran ternura, con un enorme cariño... ¡Viva la felicidad de los hombres! ¡¡Vivaaaaa!!

Y con este criterio, empapados de que es indispensable engañar a las gentes para no turbarles la plácida di-

gestión de sus opíparas cenas, el cronista no vacila en solidarizarse con los ilustres autores de *El engaño* y en manifestarse con el mayor y más desinteresado de los optimismos.

Sí, señores: *El engaño* es una comedia interesante, magnífica, real, estupenda y que producirá los más radiantes días de gloria a sus autores. *El engaño* es la cumbre, lo insospechado: la *caraba* como si dijéramos. El auditorio escuchó con vivísimo y creciente entusiasmo las bellezas de idea y de forma, la profundidad filosófica y la habilísima arquitectura de la nueva producción...

O al menos, tal decimos nosotros en beneficio de la ajena Felicidad.

MAS SOBRE EL TEMA ANTERIOR

Y el caso es que, poco a poco, nos vamos identificando, en serio, con la teoría expuesta por los dramaturgos más arriba mencionados.

¡Ustedes son tan benévolos, que leen estos comentarios teatrales nuestros! ¿Recuerdan, acaso, lo que dijimos del estreno de *La embrujada*?

Pues he aquí que, apenas transcurridos cinco o seis días de esa fecha gloriosa, Benavente, Tomasito Borrás,

Paco Acebal y dos o tres más escritores de este porte, se reunieron y acordaron que el éxito de la obra en cuestión superaba a todas las previsiones, y era indispensable agasajar, enaltecer y glorificar al autor de *La embrujada*.

Y como en estos asuntos, lo principal es el entusiasmo, los organizadores no dieron paz a la mano y la fiesta se celebró con inusitada brillantez y los más caudalosos artistas de la palabra cantaron henchidos de gozo las excelencias de la obra aludida y los altos merecimientos del esclarecido autor. Y si alguien lo dudare, lea las colecciones de los periódicos madrileños en las que queda perpetuado el fausto suceso...

Aquí de la teoría de *El engaño*. ¿Quién se lanza al arroyo y osa hacer unas imperinentes aclaraciones?

¿Quién se atreve a hacer un desgarrón en el sutil manto de Fantasía que a estas horas envuelve al distinguido y agasajado autor?

¡Oh, manes de Calderón de la Barca!

Enmudezcamos, ya

que toda la vida es sueño

O, para ponernos mejor a tono,

... he pasado la vida en un sueño...

Como dijo el autor de *La viuda alegre*.

UNA PEQUEÑA OMISIÓN

Luis Araquistain ha escrito un bien orientado artículo acerca de la Sociedad de Autores Españoles. En pocas cuartillas esboza un programa completo de lo que tal entidad debe suponer dentro de la vida cultural de la nación.

Humorismos aparte, nosotros estamos de acuerdo con lo que tan sagaz escritor pone de manifiesto, y al tratar tal asunto desde estas columnas no lo hacemos con otra intención que la de destacar un detalle curioso que todos sabíamos y en el que nadie había reparado.

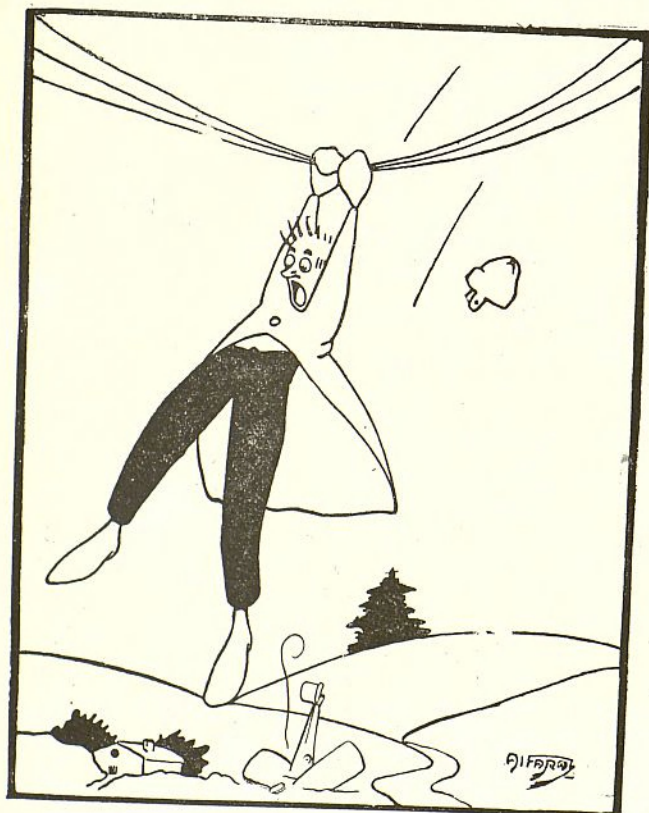
¿Qué se creen ustedes que no hay, ni ha habido nunca en la Sociedad de Autores?

¡Una biblioteca! Así, como suena.

Desde la fundación de esta entidad, hasta nuestros días, nadie se había dado cuenta de ello. A nadie se le ocurrió pensar que entre tanta gente de letras como por obligación se reúne allí, alguno quizá tuviese el mal gusto y la deleznable idea de leer un poco más que no fuesen las liquidaciones trimestrales.

¿Qué le parece a ustedes, carísimos lectores?

José L. MAYRAL



Dib. ALFARAZ

EL AERONAUTA (que se sostiene en el aire gracias a los alambres del telégrafo). — ¡Y que haya quien diga que es preferible la telegrafía sin hilos!...

ECOS DE SOCIEDAD DE "BUEN HUMOR,"

ALUMBRAMIENTO.—Ha dado a luz, con absoluta e inefable felicidad, un robusto y listísimo niño la distinguida esposa del probo empleado de la *Electra Madrileña* D. Jacobo Lallave.

Recogemos gustosos la noticia por tratarse del único alumbramiento bien hecho que ha podido registrarse en las Centrales eléctricas en estos últimos diez años.

BODA PRÓXIMA.—Se está hablando ya demasiado en los círculos aristocráticos y en los círculos viciosos de la boda anunciada para el próximo agosto entre la hermosa y vallisoletana señorita Fifi Recuero y el acaudalado transeúnte de la acera derecha de la calle de Alcalá Federico Larrea.

Se dice que la boda se celebrará en familia, afirmación que nos estupefaciona y escandaliza un poco, porque lo lógico y lo correcto no es que las bodas se celebren en familia, sino únicamente entre la esposa y el esposo.

¡Y ya está bien!... ¿No les parece a ustedes?

ENFERMO.—Se encuentra malísimo, a consecuencia de un grave acceso de amnesia, el jacarandoso ex senador don Cipriano Cascales y Muñiz de la Cuadra.

El infeliz paciente ha perdido la memoria, de tal manera que no hay medio de que se acuerde de dónde ha metido veinte mil duros que un amigo suyo ingresó en la cuenta corriente de un Banco del que era director don Cipriano.

Los médicos desesperan de salvar al enfermo, y, desde luego, consideran humanamente imposible que se salven las cien mil pesetas.

En caso de fallecimiento de don Cipriano Cascales, la familia no piensa decir misas *a su memoria*, porque sería un imperdonable sarcasmo que daría lugar a generales protestas.

HUÉSPEDES ILUSTRES.—Se encuentran en Madrid, hace ya siete días y medio (¡y ustedes sin saber nada!), los distinguidísimos aristócratas alemanes Franz Friburgo Gotha y Otto Mademburgo Gotha, emparentados en la antigua Confederación germánica con dos familias imperiales y con cuatro reales.

En obsequio suyo, se piensa en celebrar un banquete, después del cual Franz dará una conferencia sobre el empleo de los gases asfixiantes en los ataques en grandes masas. Sabido es que nuestros egregios huéspedes mandaron en la Gran Guerra sendos regimientos, cuyos ataques (conocidos con el nombre de ataques de Gotha) sembraron el desconcierto en las filas enemigas y les valieron enormes victorias (aunque no les valieron, porque el Káiser acabó por perder la guerra y se fué todo a paseo en diez minutos.)

También se proyecta obsequiar a los

ilustres hermanos con un te de grandísimo honor, aunque en definitiva no se ha resuelto nada, pues hay quien opina que tomar un te con Gothas sólo se hace en las tabernas y a horas desusadas de la mañana.

PETICIÓN DE MANO.—Ha sido pedida la mano de la bellísima señorita Piedad de la Osa, para el bizarro profesor de esgrima León Zancudo.

Las condiciones del lance son a treinta pasos y avanzando.

Mañana serán nombrados los padrinos.

El lance no tendrá testigos porque no hay gachó que se preste a presenciarlo.

Con lo cual revelan mucho mejor gusto que las familias de Fifi Recuero y Federico Larrea, a quienes hemos nombrado hace un rato por un motivo semejante.

PARTIDA DE POLO.—A las cuatro de la tarde del próximo jueves saldrá un servidor de ustedes con dirección a Carabanchel Bajo, con objeto de comparar la diferencia de estatura que tiene con Carabanchel Alto.

Si me quieren ustedes hacer algún encargo para cualquiera de los dos Carabancheles, están ustedes a tiempo y yo estoy a su disposición.

ERNESTO POLO



Dib. TAFISINIS.—Madrid.

—¿Estás seguro de que éste es el camino del Pardo?

—Sí, mujer. ¿No ves esa luz? ¡Pues es de la Bombilla!...

SI VAS A CALATAYUD...

Las ciudades como las personas, se ofenden a veces; cuando una ciudad recibe una afrenta, se le nota en todo, suben de precio las subsistencias, llueve más, la estadística de fallecimientos aumenta, y los ciudadanos circulan por las calles arrimados a las paredes, cabizbajos, con una partícula de esa vergüenza que tortura a la villa.

La historia nos ofrece ejemplos de esta índole: ciudades apenadas por la ocupación extranjera, ciudades consternadas por una epidemia, pero los casos más curiosos son los que producen la molestia por un hecho al pa-

recer desprovisto de gran importancia.

Un caso tipo es el que ha ocurrido en Calatayud y brota en estos momentos.

Calatayud estaba ofendida por una copla, aquella en que se aludía a lo ligero de cascos que era una tal Dolores.

Años y años pasaron en los cuales ese malestar se iba fermentando en el pecho de los bilbilitanos; aquella copla, que bien pudiera haber sido un anuncio lanzado por la tal Dolores, estaba clavado en su corazón como un reuma. En la copla se mentaba a Calatayud y esa Dolores podía ser tomada como un tipo genuino de la localidad, lo cual

mermaba el prestigio de las bilbilitanas. Hasta es posible que en las discusiones, los vecinos de los pueblos de alrededor, siempre envidiosos de la población, dijese a los bilbilitanos:

—Ustedes no pueden hablar; ya conocemos la fama de la Dolores, Este año ha estallado la cosa.

En todos los periódicos de España han aparecido circulares estableciendo un concurso con numerosos premios como recompensas a trabajos literarios que ensalcen Calatayud y la mujer bilbilitana; en el tono en que está redactada la circular se nota muy bien que lo que más les escuece es la famosa coplita.

Hay un premio (objeto de arte) a la copla en cuatro versos que rectifique mejor el espíritu de la otra famosa.

No dudamos que muchos serán los que pretenderán a ese premio, no sólo por lo que pueda valer (¿será un reloj de chimenea?), sino por asociarse en algo tan justo como en esa especie de rehabilitación del buen nombre de las paisanas de la Dolores.

Nosotros vamos a enviar unas cuantas al concurso. Una está dedicada a demostrar que la Dolores era una muchacha decente.

Si vas a Calatayud
pregunta por la Dolores,
que es una mujer honesta
amiga de senadores.

Otras admiten la existencia de un galán, pero no creen en la leyenda de los favores.

Es erróneo el devaneo
que prestan a la Dolores.
Sólo fué aquello un flirteo.
No pasaron a mayores.

La Dolores fué una chica
que iba al cine con mamá;
¡que después ocurrió algo!
No es probable, ¡chi lo sé!

Esta última es para demostrar que dominamos el italiano.

Otras coplas afirman el reino de las buenas costumbres en aquella ciudad y la imposibilidad de entregarse a la orgía.

No hagas caso a cierta copla,
que a Dolores compromete,
pues no hay en Calatayud
ni un modesto cabarete.

Si pretendes, loco joven,
conquistar bilbilitanas,
aunque las pongas un piso
te quedarás con las ganas.

Otra, la última, está destinada a advertir a los bilbilitanos que en todas partes cuecen habas.

Si vais a la Villa y Corte,
paisanos de la Dolores,
preguntad por la Chelito.
¡Eso sí que son favores!!

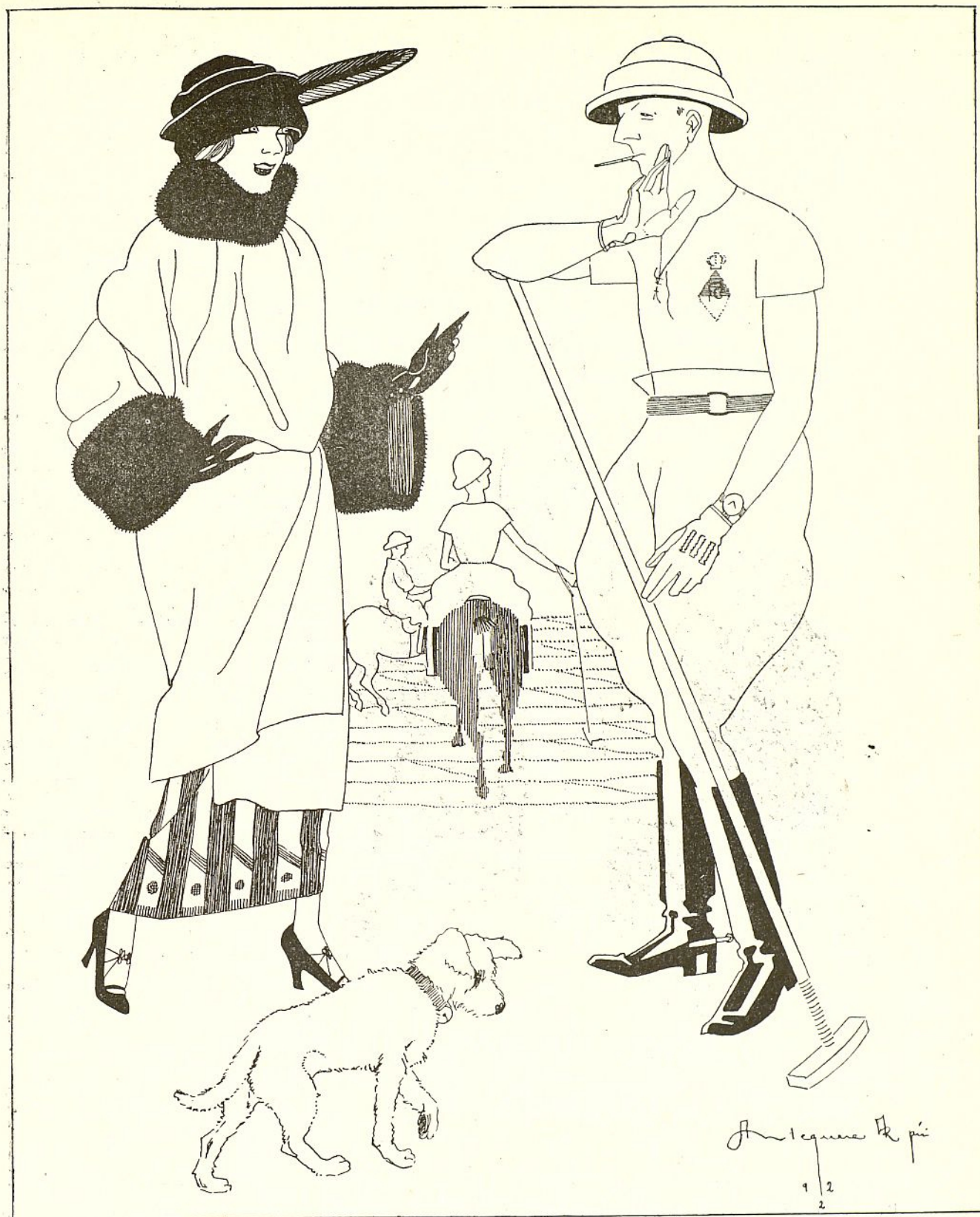
Esperamos que el objeto de arte nos sea remitido en breve, pues nos creemos que nadie mejore tanto la reputación bilbilitana como nosotros. Esa es, por lo menos, nuestra intención.

EDGAR NEVILLE



Dib. PACHÍN. - Gijón.

—¿Y que tal lo pasa tu novio en África?
—Muy bien: ¡Estaba en una posición muy mala; pero ahora ha heredado y ha cambiado de posición!



[Dib. ANTEQUERA AZPÍ.—San Sebastián.]

ELLA.—Vengo de jugar un rato al hockey. Es lo mejor para este tiempo...
 EL.—Para este tiempo lo mejor es el polo...

COSAS QUE SON IMPOSIBLES EN ESTA VIDA

Ustedes dirán, a leer este desconcertante epígrafe, que hay muchas cosas imposibles (por ejemplo, que bajen los alquileres, que el vino se venda sin mezclas de humedad sospechosa, que no haya atropellos de automóvil) y que no vale la pena de dedicar un ralo de atención a este asunto, que sólo contrariedades puede causarnos.

Están ustedes en un error. Los imposibles a que yo me refiero son imposibles científicamente puros, cosas

absolutamente irrealizables y que no pueden ocurrir ni aunque el mundo se vuelva del revés, ni aunque hablemos largo y tendido con Marte, ni aunque el progreso de los tiempos nos conduzca a descubrimientos sorprendentes. Yo he obtenido una serie de imposibles, producto de mis meditaciones sobre la vida de mis semejantes, cuyos imposibles voy a someter a la consideración de ustedes para que vean que ni les exagero ni les engaño.

Las cosas que son imposibles en esta vida, y que no podrán suceder aunque fuerzas superiores y altísimas lo dispusieran, son las que siguen:

Que la rana y que el Gallo crien pelo.

Que Edmond de Bries robe a una novicia que esté para profesar.

Que Romanones se apee de un tranvía en marcha.

Que Sánchez Toca pueda meter las narices en un Gabinete futuro (por amplio que sea el Gabinete).

Que Maura diga las cosas claras (y las escriba de la misma manera).

Que a García Prieto le duela la cabeza, y que a Rosario Pino le duelan las muelas y los dientes.

Que Chicote nos invite a su boda.

Que La Cierva tire al monte.

Que Francos Rodríguez tenga un mudo dolor.

Que un retrato de Bergamín pueda figurar en una Exposición de Bellas Artes.

Que Alvaro Retana sepa leer y escribir.

Que Lerroux esté tranquilo en Barcelona.

Que José María Granada (el distinguidísimo ex clérigo y autor de *El niño de oro*) baile de coronilla.

Que la Cachavera entre en un convento. (A no ser que lo haga de noche y por una ventana.)

Que Hoyos y Vinent escriba sus alucinadoras novelas un poco decorosamente y sin frases gruesas, que, ¡¡ay!!, nos dan una vergüenza atroz.

Que se prenda fuego la Fábrica de Tabacos y ardan todas las labores como si *en efecto* fuesen combustibles.

Que Muñoz Seca ingrese en la Academia de la Historia. (Este me parece que ni de noche, ni por una ventana, ni con escalón.)

Que nos traigan de París a Santiago Alba, en calidad de recién nacido (o de vuelto a nacer).

Que los trenes anden más aprisa.

Que los tranvías anden; éstos aunque sea despacio, pero, en fin, que anden algo.

Que Teresita Saavedra no blasfeme cuando tiene una contrariedad.

Que *Chicuelo* mate, aunque no sea más que un toro, ¡uno nada más!, ¡uno solo!, ¡uno siquiera!, ¡por lo menos uno!

Y que las tres *niñas* desaparecidas, que ahincadamente busca la Policía, sean *Chelito*, Loreto Prado y Pastora Imperio.

NÉSTOR O. LOPE



Dib. AURELIO.—Madrid.

—Don Antonio: estoy adivinando lo que piensa en este momento...

—¡Pero qué largo eres, Pepito!

BUEN HUMOR se vende en París en el quiosco 1.º del bulevar de la Magdalena (frente al número 27)

COSITAS

EL HOMBRE QUE SIEMPRE CALCULÓ

En la noche del 7 de febrero de 1896 el maestro de la escuela de San Teodoro se quedó sin postre en la cena. Y con él quedaron igualmente castigados su esposa y sus tres hijos.

El origen de esto no pudo ser más sencillo: A las tres de la tarde, cuando el maestro trataba de introducir algunos principios aritméticos en las tier-nas cabecitas y cuando se esforzaba por que efectuaran una sencilla multi-plicación, se le ocurrió decir, al mismo tiempo que escribía dos cantidades en el encerado:

—Quien obtenga primero la solución exacta de esta cuenta de multiplicar recibirá como premio una manzana.

Al escuchar esta halagadora prome-sa, todos se aprestaron a copiar las cantidades y poner todos sus sentidos en la operación para conseguir el pre-mio ofrecido.

Pero, ¡oh, vanas ilusiones!, aún no habían copiado más de tres cifras, cuando Fernandito López se puso en pie y con los ojos fijos en el encerado, calculando mentalmente, dijo en voz alta el producto.

Un ¡ah! de admiración se escapó fu-gitivo de los pechos infantiles. Todos miraron como un ídolo a Fernandito, que desde aquel momento quedaba pro-clamado el «as» de la Aritmética. El maestro, conmovido, con lágrimas en los ojos por la emoción que le produjo aquella prueba de talento en uno de sus alumnos, sacó de su contigua vi-vienda el canastillo en que se guarda-ba la fruta. Y con ademán teatral volcó el contenido sobre el pupitre de Fer-nandito.

—No hay más que cinco manzanas. Todas son para ti.

Después le dió un beso en la frente y le auguró que llegaría a ser una ver-dadera celebridad, un gran hombre, honra y prez de la ciencia patria.

Esta es la causa de que en la noche del 7 de febrero de 1896 el maestro de la escuela de San Teodoro, su esposa y sus tres hijos se quedaran sin postre.

■ ■ ■

Pasados los años, Fernandito quedó convertido en un respetable don Fer-nando. Pero siempre conservó aquella aptitud para el cálculo mental que se reveló felizmente aquel día dichoso que vació el canastillo en que se guardaba la fruta de su maestro de primeras le-tras. Esta aptitud dió lugar a una afi-ción a hacer cálculos con todos los números que le salían al paso; afición que cada vez fué más exagerada y des-medida y que llegó a convertirse en una manía irresistible y fatal. Por ejem-



Dib. GARRIDO.—Madrid,

—¡Cuántos tendrán la medalla de Salvamento de Náufragos con menos méritos que usted!...

—¿Por qué?

—¡Porque me regala usted cinco duros precisamente cuando estoy con el agua al cuello!...

plo, cuando le daban el billete en el tranvía, don Fernando leía en voz baja:

«15 céntimos. Número 47.885. Serie FEA.—Puerta del Sol. Salamanca.»

Y en seguida no podía por menos de decirse, ya en su elemento del cálculo mental:

—47.885 por 15 son 718.245. Luego la Compañía de Tranvías ha ingresado ya de la serie FEA de la línea Sol-Salamanca la cantidad de 7.182 pesetas con 45 céntimos.

Igualmente, calculó lo que le había costado de guardarropía un sombrero flexible que había usado durante dos temporadas (diez y siete meses) y por el que el sombrerero no le había cobra-do más que 20 pesetas. El resultado,

que no pudo ser más exacto, como tampoco más desconsolador y edu-cativo, fué de 76 pesetas con 50 céntimos. Es decir, que guardarlo durante una hora al día costó cerca de cuatro ve-ces más que el material, la confección, la ganancia del fabricante y la del ex-pendedor (1).

(1) Cito este ejemplo de la «calculomanía» de don Fernando porque es un curso completo de Economía menuda. Con sobrada razón decía Macholli: «No deben darse los sombreros a los guardarropas.» Pero más acertado estaba Fairman cuando rectificaba: «Deben darse los sombreros, los gabanes, las capas, los paraguas, los bastones y los buenos días a los guardarropas.» Lo que no se debe hacer de ninguna de las maneras es darles propina.» (*Traité d'Economie élémentaire*. Vol. IV. Páginas 762 y siguientes.)

Con estos antecedentes, ustedes creerán de seguro que el hombre que siempre calculó dedicaría sus aptitudes a la Ingeniería, civil o militar, al estudio de las Matemáticas o, por lo menos, a llevarla contabilidad de una casa de comercio.

Pues, no, señor. Si eso creen ustedes están muy equivocados. En España nadie trabaja en lo que por sus aptitudes o aficiones pareciera lógico que dedicase su atención. Y don Fernando era médico.

No sabía bien por qué causa, qué motivo le aconsejó asistir durante seis años a las clases de San Carlos; a veces pensaba que su profesión no era la más adecuada a su carácter y a su temperamento...; pero él era médico.

Le ocurrían casos chusquísimos, pues, con su manía de calcular, hacía que desconfiasen de él los clientes.

En cierta ocasión, asistiendo a un enfermo a quien ya antes había visitado otro doctor, le dijeron:

—El otro médico le recetó que tomase dos píldoras de éstas antes de cada comida. Pero lleva ya así cuatro meses y no adelanta nada.

Don Fernando guardó silencio durante unos instantes.

—¿Qué le parece a usted?—le apremiaron.

Don Fernando adoptó una expresión feliz de hombre satisfecho y respondió:

—Cuatrocientas ochenta y ocho.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Que lleva ya tomadas cuatrocientas ochenta y ocho píldoras.

A la Casa de Socorro donde prestaba sus servicios facultativos llevaron a un pobre señor que había sido atropellado por un automóvil y que llegaba en estado casi agónico.

Echado sobre la cama de operaciones el herido y despojado de las ropas todo lo mejor que se pudo, don Fernando comenzó a reconocerlo rodeado de los practicantes, que, a pesar de la costumbre, no podían estar más nerviosos por la impresión que les producía la gravedad de aquel caso.

Al cuello llevaba el infeliz una cadena y de ella colgaba una medalla de oro que decía en su reverso: «Recuerdo de la Primera Comuni3n. 12 de mayo de 1885.»

Don Fernando se fijó en ella y estuvo unos segundos silencioso y quieto. Todos esperaban las primeras órdenes para comenzar la cura del desgraciado.

Y el médico se dirigió por fin a ellos para decirles:

—¡Qué coincidencia!... ¡Qué cosas tiene la vida!... ¿Saben ustedes cuántos días hace exactamente que este desgraciado tomó su primera Comuni3n?... Pues 14.941. ¡Capicúa!...

ANTONIO GASCON

COSAS DE
: MI VIDA :

El naufragio del "Celedonio Pintado"

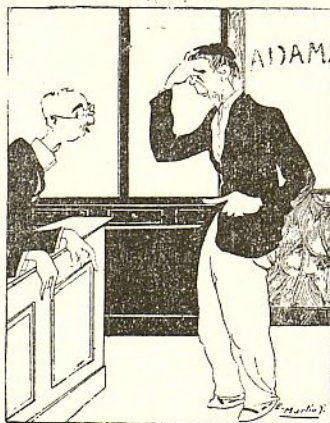
¿Habíamos embarcado en Liverpool? Sí, seguramente habíamos embarcado en Liverpool. Acaso no lo pueda explicar nadie, pero todos los individuos que naufragaron alguna vez, fatalmente, embarcaron previamente en Liverpool. El Destino es inmutable y rígido y... Bueno, quedábamos en que habíamos embarcado en Liverpool.

¡Caray, qué pelma!, dirá acaso el lector. Que el lector dispense. Conviene mucho al país que mi relato sea lo más exacto posible, y la exactitud siempre es un poco apelmazada.

Habíamos embarcado en Liverpool —creo que esto ya no ofrecerá dudas— el día 12 de septiembre de 1896... No recuerdo si fué en 1896 o en 1968 o en 8691... ¡Soy tan distraído! En fin, es igual. Embarcamos a bordo del *Celedonio Pintado*, gran transatlántico de quince chimeneas y veintinueve puentes que hacía el servicio directo con el Perú. Yo me trasladaba a Lima a comprar un formón y, de paso, a echar una carta para mi tío Mauricio. Los pasajeros sumábamos ochocientos veintitrés mil y doce loros, y la tripulación tan pronto ascendía a diez mil individuos como ascendía al palo mayor para hacer maniobras náuticas. El único que no ascendía era el comandante y estaba el hombre, por cierto, que echaba las muelas por las escotillas.

En los quince primeros días de navegación yo hice amistad con nueve pasajeros, gané catorce duros jugando al billar, gracias a que el cabeceo del buque me hacía él mismo las carambo-

.....



Dib. MARTÍN.—San Sebastián.

—¡Ay!, señor boticario: vengo a que me dé usted algún remedio para un dolor de cabeza que no veo...

—Dése unas fricciones de alcohol...

—Precisamente acabo de tomarme un litro de caña.

—Entonces..., acuéstese.

las, y me resfrié treinta y siete veces al pasar junto a las cámaras frigoríficas. Y en la noche del día diez y seis naufragamos. Acaso querría el lector que le hiciese una descripción del naufragio... La haré rápidamente con un símil: el naufragio fué algo así como una bronca sostenida por doce personas dentro de un coche de punto.

Es lo común que en los naufragios se oiga la voz del comandante que grita: «¡Todo el mundo a las lanchas! ¡Las mujeres y los niños primero! ¡No os ocupéis de mí; yo debo morir en mi puesto!» Bueno, pues nuestro comandante era tan original que gritó solamente: «¡A mí, con champiñons!», y lanzándose a un bote de cabeza comenzó a remar como saben hacerlo los alumnos de Oxford y de Cambridge, que, junto con las damas españolas, son los seres que más regatean en el mundo.

El *Celedonio Pintado* se hundió en noventa y cuatro segundos y dos décimas. El mar se lo tragó como si se tratase de un sello de aspirina.

Así que pasó la noche amaneció. Yo me encontré tendido en una balsa, junto con seis compañeros más: el contramaestre Hunter, que era algo reumático; el cocinero Llype; mñster Raph Wald, quesero de Manchester; su hija, la joven y ebúrnea Molly; el carpintero Gharrus y el suscriptor de *A B C* Fernández Pérez.

No se veía nada en toda la extensión del Pacífico. El sol molestaba poco estando a la sombra y la brisa abría las ganas de consumir las provisiones. Por desgracia, en la balsa no había sombra ni teníamos provisión ninguna. En cambio, nos cercaban los tiburones. Es preciso advertir que eran tiburones educados y que no se metían con nosotros. A mñster Wald se le comieron un pie que sacó fuera de la balsa, pero puede decirse que aquello fué un jugueteo insignificante. Además, mñster Wald agradeció la amputación, porque tenía un arañazo en el tobillo y esto le fastidiaba bastante.

Al segundo día se acabó el Valdepeñas que el señor Fernández Pérez llevaba en la cantimplora, lo cual nos contrarió un poquillo porque tenía un excelente sabor a hojalata.

Al tercer día nos pasamos cuatro horas bostezando sin habernos puesto de acuerdo. Y al quinto día bostezábamos tan continuamente que al que conseguía cerrar la boca le saludábamos con efusión.

Al sexto día todos teníamos bastante sed. Cada cual procuraba apagarla a su modo, y el sistema que dió mejores resultados fué el de lamer el reloj de pulsera de la señorita Molly. Para desventura nuestra, cuatro días después el reloj ya había sido deshecho y

sólo podíamos lamer las manecillas; duraron dos horas y cuarto.

A las tres semanas de vivir en la balsa nadie tenía fuerzas; todos permanecíamos echados boca abajo, recitando estrofas de la *Jerusalén libertada* para acallar la sed y el hambre. Ya nos habíamos comido bastantes cosas.

Lista de los objetos comidos

Seis pares de botas y uno de zapatos, cuatro sombreros, seis trajes, seis juegos de camisas y calzoncillos y uno de camisa, combinación, sostén y faja; cuatro maderos de tres metros por veinte centímetros, cinco libros de apuntes, tres cinturones salvavidas, diez y ocho retratos al bromuro, dos encendedores automáticos, seis pipas, tres Biblias, cuatro cajas de fósforos, cinco corbatas, tres impermeables, una silográfica, dos lapiceros, un juego de ajedrez de bolsillo, una cantimplora, siete docenas de plumillas de acero, un llavín, ocho llaves, cuatro estuches de papel de fumar, la peluca de mister Wald, un frasco de *rimmel* de la señorita Molly, doce horquillas rizadoras, un centenar de cuartillas, tres pares de gemelos de esmalte y un ejemplar del *Digesto*.

Nuestras digestiones eran algo pesadas. El carpintero Gharrus ideó que nos comiésemos nueve serruchos, pero no nos atrevimos por no tener bicarbonato.

A los veintidós días de navegación balsámica no encontramos nada que lamer y los objetos comestibles se habían agotado; nos quedaba un cigarro puro español, pero era tan duro que cuando le golpeábamos con el hacha para partirlo, saltaban chispas.

Entonces el cocinero Llype anunció que era el momento de echar a suertes para comernos a uno de nosotros. La proposición se recibió con vivas a la civilización europea. Alguien dijo que se exceptuase a Molly del sorteo; pero los demás nos opusimos, porque aún estaba muy apetecible. Se determinó que el que antes se cansase de bailar el *fox-trot* sería comido por los demás. Todos nos pusimos a bailar entonces y bailamos durante cuarenta y siete días; al cabo, yo me torcí un pie y me senté en el suelo. La señorita Molly declaró que habría seguido bailando durante tres meses aún. Comprendimos que ella sería la única superviviente. Todos mis queridos amigos estaban contrariados por mi gran delgadez. El señor Fernández Pérez resumió las ideas de ellos en esta frase que me dirigió biliosamente: «¡Tiene usted menos carne que un bisté del Palace!»

Luego se lanzó sobre mí y me cortó la mano izquierda. Comimos todos. Estaba bastante buena. Al día siguiente nos comimos mi mano derecha; sabía un poco a chufas, pero no era desheñable. Diez horas después nos salvaba un barco alemán.

He brindado al lector esta página de mi vida para que comprenda porqué escribo con los pies.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Superviviente del naufragio del *Celedonio Pintado*.

CONFESIÓN SINCERA

Un granuja empedernido, cuéntase que cierto día colóse en la sacristía de un templo muy conocido.

Pasó a la iglesia al instante, y entre asustado y confuso, a confesar se dispuso con unción edificante.

El cura, a quien se tenía por hombre sabio y honrado, después de haber confesado a los que primero había,

llamó al devoto harapiento; éste a sus pies se postró, y a confesar empezó por el primer mandamiento.

—¿Amas a Dios?—dijo el cura con tono de evangelista, y el golfo, que era un bromista, le respondió: —¡Con locura!

Por nuestro Dios, yo quisiera saber, ya que eres cristiano, si en vano juras... —Ni en vano ni de ninguna manera.

Mentar a Dios es delito que no cometí jamás. Yo no *m'acuerdo d'El* más que cuando lo necesito.

Y parecidas respuestas fué dando el golfillo al padre en lo de *Honrar padre y madre* y *Santificar las fiestas*.

Mas, ¡ay!, llegó el mandamiento que hace el siete en el Decálogo, y allí dió comienzo el diálogo que referiros intento.

—¡Padre!—gritó el mozalbete con acento compungido: —¡Padre, yo soy un bandido! ¡Padre, yo pequé en el siete!

—¿Qué dices?

—Que me tentó la *pajolera* avaricia; que me cegó la codicia... y que he robado un *reló*.

—¿Dónde?

—¡Pues dónde ha de ser?... Aquí, en el templo.

—¡Qué horror! ¿Y a quién ha sido?

—A un señor que usted debe conocer.

—Está bien. Tu faz sumisa denota arrepentimiento. Llévale el *reló* al momento y vuelve aquí a toda prisa.

—¡Guárdelo usted, padre!

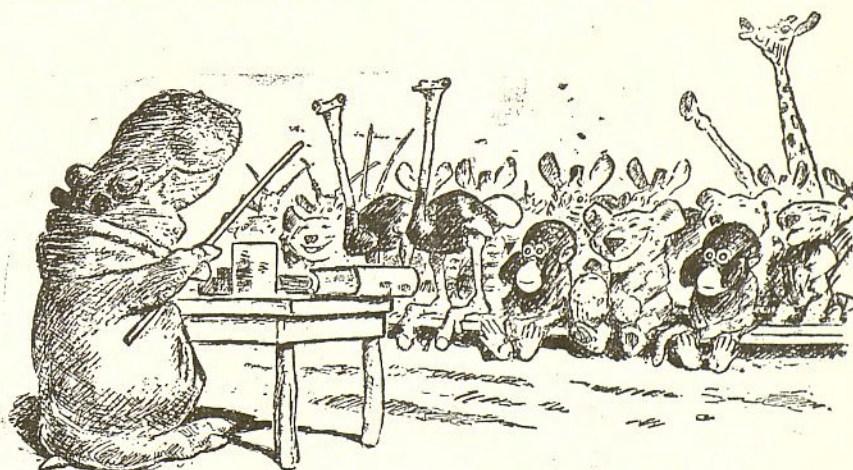
—¿Yo? ¿A mí por quién me has tomado? A aquel a quien has robado devuélvele su *reló*.

—Pero si hablé y no lo quiere aceptar... —Entonces, no hay que dudar. Puedes quedarte con él.

Alzó el ministro la frente; bendijo al golfo harapiento, y salió, tranquilo y lento, de la iglesia el penitente.

¡Y qué asombro no sería el que el buen cura sintió, cuando, ya en la sacristía, notó que el golfo se había marchado con su *reló*!

JAVIER DE BURGOS



MISTER HIPOPÓTAMO. —¿Puede algún muchacho o muchacha de la clase decirnos lo que quiere decir «a vista de pájaro»?

LA JIRafa. —¡Yo puedo, señor profesor!...

(De Life, de Nueva York.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

UNA BUENA LECCION, por Max y Alex Fischer

Al volver anoche de la oficina, ¡Boucq ha gritado, abriendo la puerta de su casa:

—¡Caray, cómo huele a cocina!

El matrimonio Boucq vive en bastante buena armonía. Seguramente la vispera, ante una reflexión análoga, madame Boucq hubiera respondido en tono conciliador: «¡Bah! Voy a abrir la ventana para que se ventile un poco!» ¿Es que ayer estaba el tiempo revuelto o que madame Boucq se sentía más irritable? El caso es que objetó en tono agresivo:

—Claro que apesta a cocina. Pero, ¿quién tiene la culpa? El señor quiere que se le haga sopa de coles. No pretenderá también que la sopa de coles huelga a esencia de rosas!

Estalló la disputa. Durante un cuarto de hora, los esposos Boucq se han dirigido mutuos reproches, lamentando firmemente el haber unido sus destinos. Por último, madame Boucq se ha

encasquetado su sombrero y ha salido dando un portazo.

—¡Ya es demasiado! ¡Cómo me cargas!

Al quedar sólo, Boucq no tardó en calmarse. Para hacer tiempo esperando la vuelta de su mujer, se puso a leer el periódico. Un suceso atrajo su atención:

«Consecuencias de una disputa.»

Monsieur Péchard, rentista, domiciliado en la calle de la Espinilla, núm. 15, se había mostrado siempre afectuoso y condescendiente con su mujer. Esta, sin duda, amaba también a su marido. ¿Cuál sería el motivo de la disputa que se elevó entre los esposos Péchard ayer a las diez de la mañana? No lo sabemos. El caso es que los vecinos oyeron ayer a dicha hora el rumor de una discusión violenta.

»Momentos después, madame Péchard bajó a la compra. ¡Al despedirse de su marido, la desgraciada no pudo presentir que no volvería a verlo

vivo!... Cuando más tarde regresó a su domicilio, un espectáculo horroroso se ofreció a su vista: Péchard se había ahorcado del techo de la sala.»

»Terminada la lectura del suceso, Boucq ha dejado el diario, sumiéndose en honda meditación. Al cabo de un rato, murmuró:

—Después de todo, ¿porqué no? Primero, sería muy divertido. Luego, Ernestina, te serviría de lección para otra vez.

Al fallecimiento de un pariente que tenía una tienda de confecciones, monsieur Boucq había heredado, años ha, un maniquí. No sabiendo qué aplicación darle, lo había relegado a la buhardilla, en el sexto piso, donde conservaba los baúles antiguos, su título de bachiller y las prendas fuera de uso. Boucq subió a buscarlo.

Gozoso al pensar en el chasco que iba a dar a su esposa, vistió el maniquí con uno de sus trajes; le pasó por el cuello una cuerda y arrastrándolo hasta la sala, lo colgó del gancho de la lámpara. Cerró con llave la puerta y se ocultó en la alacena de una habitación contigua.

Diez minutos llevaba viviendo en la obscuridad, en compañía de una escoba mecánica, dos plumeros y algunos paños para limpiar muebles, y el tiempo comenzaba a hacerse largo... Oyó entrar a su mujer y la vio dirigirse hacia la sala.

Al llegar a la puerta, ha puesto la mano en el picaporte, intentando abrir.

—¡Toma!—murmuró asombrada y renovando su intento. ¿Qué significa esto?

Ha golpeado la puerta:

—¡Abre, Julio! ¡Qué estupidez!

Sorprendida al no oír contestación alguna, ha acabado por mirar por el ojo de la cerradura. Permaneció un momento como petrificada por el estupor. Luego, se lanzó fuera del piso.

Monsieur Boucq, lamentando la mixtificación—que ahora le parecía cruel e inútil—, se dispuso a abandonar el escondite para correr en busca de su costilla; pero no le dió tiempo. La oyó volver escoltada por monsieur Joliette, el vecino de enfrente, e invitarle a inspeccionar la sala por el agujero de la llave.

—¡Mira, querido, mira qué horrible! ¡El pobre tiene rígidas las piernas!

Monsieur Joliette la ha estrechado en sus brazos:

—¿Horrible? No, mi encanto. Lo sería si le hubieses amado. Pero, ¿no me has dicho cien veces lo contrario? ¡¡Ya verás, hermosa mía, lo felices que vamos a ser sin tener a ese camello entre los dos!!

M. V.



LA SEÑORITA VIEJA.—¡Jobson: Haga usted el favor de trotar un poquillo!...

(De The Humorist, de Londres.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

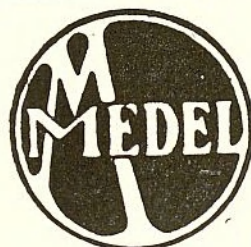
Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

F. P. T. Madrid.—Es absolutamente inadmisibles su teoría de que las mujeres de los trópicos aman al primero que se presenta. 'ruebe usted a ir a los trópicos, y nos jugamos con usted quince duros y medio a que tiene usted que sudar un rato para volver loca a una niña tropical. ¡Y más, con la mala pata que usted tiene escribiendo!



GRAN VIA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

Don nadie vestido de limpio. Madrid.—Sus cuartillas, que, vendidas al peso le harían riquísimo, publicándose no le van a sacar de apuros. En primer lugar, porque no se publicarán. Es eso muy largo, y además nos viene un poco ancho. Repórtese y hágalo un poquito mejor, a ser posible. ¿Quiere usted?

Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

C. A. Madrid.—Rechazamos ruidosamente, y con ímpetu fiero, la estupidez supina que nos remite.

Angel de la Guarda.—Con enorme nerviosidad, y con indignada crispación de manos, hemos convertido en menudos trozos las diez y ocho cuartillas en que estaba escrito (pésimamente, por cierto) su cuento senegalés.

CALZADOS LLORENTE

Carmen, número 25

Los mejores de Madrid.

A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

A. D. Elche.—No sirve ni para colgarlo en ese clavo donde se suelen colgar los papeles que se dedican a los más bajos menesteres que hay en el mundo.



Pinilla. Gijón.—Los dibujos para portada deben venir en negro. Los colores se los sacamos aquí, de la misma manera que sacamos los colores a los originales literarios cuando lo merecen y cuando los que los escriben son vergonzosos de suyo.

Para el tamaño no tiene usted mas que coger una portada de las nuestras y ampliarla en los dos sentidos (altura y anchura) guardando la debida proporción. ¿Está entendido? Porque como no pronunciamos un discurso-conferencia, no vemos la manera de decirlo más claro.

Ricardo Nieto. Salamanca.—Fíjese detenidamente en lo que le decimos al Sr. Pinilla, y añádale lo siguiente: el papel que hay que emplear es blanco y de buen cuerpo (¡olé!); la tinta, china y negra (que, aunque sea al parecer una mezcla de razas imposible, la hay en los establecimientos de escritorio); el tamaño de los dibujos, el que quiera, pues aquí los reducimos lo que nos da la gana; y, finalmente, lo que publicamos lo pagamos con una religiosidad que espanta. Ahora bien: los precios varían como las temperaturas: según el mérito del trabajo y la categoría del autor, que es el sistema seguido en todos los semanarios ilustrados de Europa, Asia, Africa, América, Oceanía y la provincia de Badajoz.

Dibujos sacrificados.—Los de los señores F. Amorós, M. Pérez, R. Moreno, Manuel Martínez (Sevilla), Andarín (Madrid), Enrique (Noya, Coruña), J. S. (Biarritz), Goro (Cartagena), Betty (Santander), G. Arrué (Barcelona), J. Sanz Fabra (Puebla del Duc), M. A. D. (Madrid), E. A. E. (Sevilla), T. Pérez (San Sebastián), D. Motos (Barcelona), Rogelio de P. (Madrid) y J. M. del Busto.

Los dibujos que firman los eximios ciudadanos Mito, Rubio Armán (Madrid), Sávulo Martínez (Albacete) y Oto (Oviedo) no los podemos publicar, no por falta de méritos, sino porque sus pies son imposibles.

Y los dibujos que nos envía el señor Ramuncho (Madrid) tenemos el sentimiento de rechazarlos abiertamente, porque están muy mal de pies... y sentados en todas las posturas que pudieran adoptar.

Máquina de escribir

UNDERWOOD

La mejor del mundo.

Modelos modernos.

ALCALÁ, 39.-MADRID

Pitito. Melilla.—Corto y malo. ¡Así, corto y claro!

C. C. Madrid.—No podemos tomar en serio su cuento. ¡Ah, si lo tomásemos así, tendríamos con usted un disgusto gordo y rollizo!... Pero, tranquilícese. Nos limitamos a sonreírnos ligeramente y a lamentar el tiempo perdido (perdido por usted y por nosotros: por usted, en la comisión del delito; y por nosotros, en el examen de los autos). Ahora bien; como nos gusta ser corteses, le hemos la mano, pero la izquierda que es la que no ha escrito el cuento.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

M. B. G. Valencia.—Son muy exagerados los extremos de gracia a que se lanza usted en sus trabajos titulados *Un torneo* (que es el mejor de los dos) y *El inventor de las sopas de ajo* (que es el peor, aparte de ser inexacto, pues ese inventor no existe, por la sencilla razón de que la sopa de ajo se inventó ella sola y, como si dijéramos, por generación espontánea).

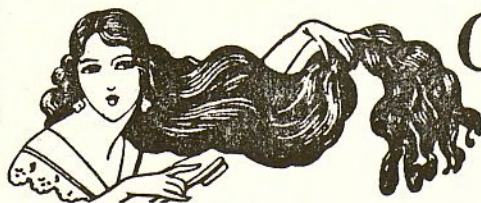
H. M. T. Valencia.—¿Qué cuáles son los trabajos que se pagan en este periódico? Pues los que no se parecen, ni de cerca ni de lejos, a los que usted ha tenido la villana ocurrencia de enviarnos últimamente.

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

Bolo Pachá. Barcelona.—¡Haga usted el favor de dejar en paz a su querida amiga, la encantadora señorita Alicia Domínguez Campo, que le trae usted fría a la inglesa con sus poesías! ¡Y si no quiere usted dejar en paz a la señorita Alicia, por lo menos déjenos a nosotros, y se lo agradeceremos, usted no sabe con cuánta efusión cariñosa!



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En un colegio electoral.
—¡Reírese usted en seguida, caballero! ¡Usted ya votó hace un rato!
—Es verdad, pero necesito votar otra vez.
—¿Por qué?
—Porque he cambiado de opinión y me acabo de pasar a otro partido.

Larrea.—Barcelona.

Un individuo leía un periódico en el que se daba cuenta de la travesía de un buque en el cual viajaba un embajador. Decía la noticia:

«El buque se ha visto constantemente favorecido por el viento S. E.»
Y el sujeto, muy ceremonioso, leyó:
«El buque se ha visto constantemente favorecido por el viento de Su Excelencia.»

León Domingo.—Madrid.

—¿Cómo está Pérez?
—Cuatro médicos le han dejado ya por imposible.
—¿Pues qué tiene?
—Que no paga la cuenta a ninguno.

C. Porrillo.—Madrid.

—¿Cuándo están más contentos los mozos de cuerda?
—Cuando les salen bultos.

Benjamin López.—Madrid.

*Sus gustos son refinados.
No hay placer del que se prive.
Por eso, si se acatarra,
toma el Licor de Orive.*

En una zapatería.
—Déme usted un par de zapatos, pero que no me hagan daño en la cabeza.

—¿Cómo en la cabeza?
—Sí, señor; porque mi esposa tiene la costumbre de tirármelos muy a menudo.

Santiago Santacrú.—Madrid.

El colmo de un marino:
Navegar con la nave de un edificio en un mar de lágrimas.

Nesspantf.—Ferrol.

El colmo de un cesante:
Ir al teatro, dar la entrada al acomodador y decir que le coloque.

Masto.—Madrid.

—¿Qué hacen seis gorriones en un alambre del telégrafo?

—Media docena.

Club Charanga.—Sevilla.

RESOLUCIÓN

Del casino llegó... ¡Había perdido!...

A una mesa miró, maquinalmente, viendo en ella el revólver reluciente que dejara su padre por olvido... Sintió que el corazón, con su latido, le golpeaba el pecho... Ardió su frente... Y el revólver cogió resueltamente, de que nadie observaba convencido... Vaciló breve instante; pero luego, cual si escuchase de Satán el ruego, sentóse y escribió precipitado:
«¡Padre, perdón!... Cuando mi carta leas, y junto a ti, cual siempre, no me veas... ya estará tu revólver empuñado...»

Ramiro.—Habana.

El colmo de un soldado del Tercio.
Que le den las tercianas.

Pedro Vizcaino.—Almansa.

A nuestros suscriptores, de Madrid y provincias, que durante el veraneo cambien de residencia, se les seguirá sirviendo nuestro semanario a la nueva dirección, si nos advierten por carta, dirigida al apartado 12.142, Madrid, el cambio de domicilio.

En el tren.

—Caballero, ¿y el billete?

—No lo he sacado.

—¿Adónde va?

—¿A Burgos.

El revisor se dispone a hacer el oportuno suplemento, y cuando está a punto de terminarlo, el viajero le presenta el billete.

—¡Cómo! ¿No decía usted que no lo había sacado?

—¡Claro! ¡Lo acabo de sacar ahora!

Pope.—Valladolid.

El colmo del director de una casa de fieras.

Poner un parche por oso.

Y el colmo de un guarnicionero.

Dar cabezadas estando despierto.

Pa-quito.—Melilla.

—¿En qué se parece una lámpara fundida a una mula?

—En que la lámpara no da luz, y la mula tampoco da a luz.

E. Aschaga.—Haro.

Dos amigos hablan de la reprise del drama *Tosca*, en la que toman parte nuevos cómicos; y entre ellos uno muy malo, llamado Pérez.

—¿Quién hace el papel de Mario?

—Gutiérrez.

—¡Qué lástima! Debía haberlo hecho Pérez, y así al menos tendríamos la satisfacción de verle fusilar al final!

O'Braun.—Buenos Aires.

—Oye, Manolo, ¿tú sabes de quién son las ruinas de Itálica?

—No sabía que tuvieran dueño.

—Pues son de una señora. No has oído decir que son campos de Soledad Mustio Collado?...

[Iotaerrepé.—Sevilla.

—¿En qué se parece la radiotelefonía a una portera?

—En que lo que oye se lo cuenta a todo el mundo.

Luis Reverte Martínez.—Madrid.

—¿En qué se parecen los toros a las enaguas?

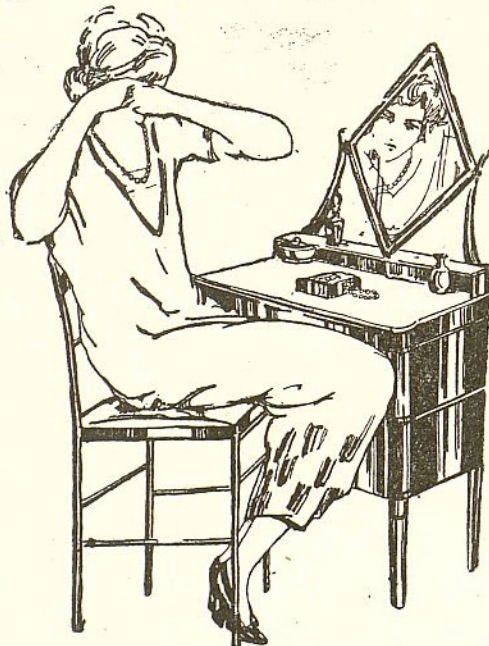
—En que acaban por la puntilla.

Esoj Ednoc.—Villagarcía de Arosa.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

Indra Perla



Es imposible imitar [su] oriente; son las más estimadas universalmente y los joyeros las recomiendan a su clientela por ser superiores a todas las demás.

Collares Sautories, Aretes, Botones de pechera y Alfileres de corbata.

EN TODAS LAS JOYERIAS



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



- Parece mentira, ¡tan simpático y todavía soltero... ¡Qué lástima!
—No, señorita. Estoy casado.
—¡Oh! tan simpático y ya casado... ¡Qué lástima!

Dib. ZAPATA.—Madrid.